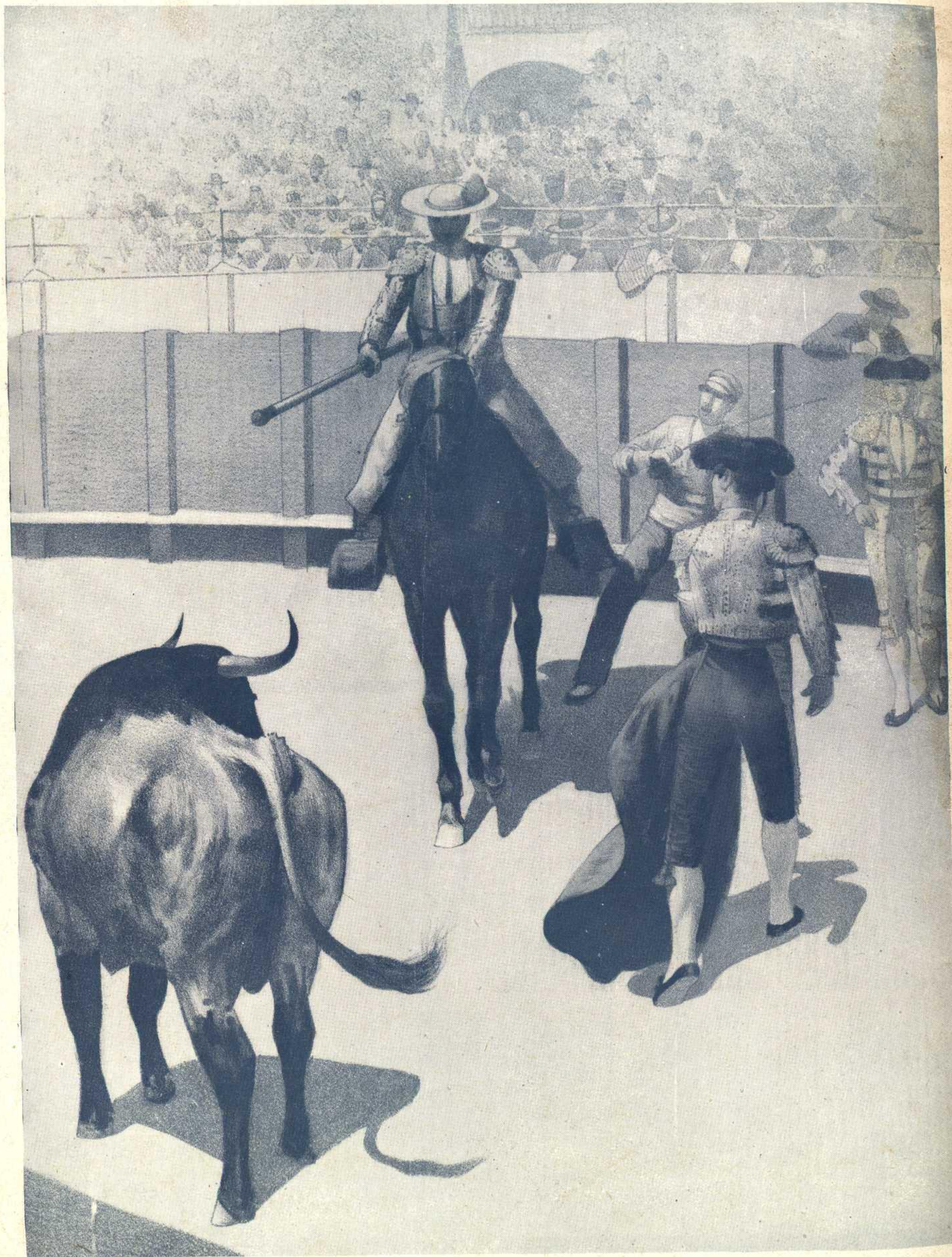


# El Ruedo



1<sup>50</sup>  
PLS

JAAVEDRA



Recelándose al castigo.

(Dibujo de Pe:ea).



# El Ruedo

La segunda  
de Valencia

**Vicente Barrera**

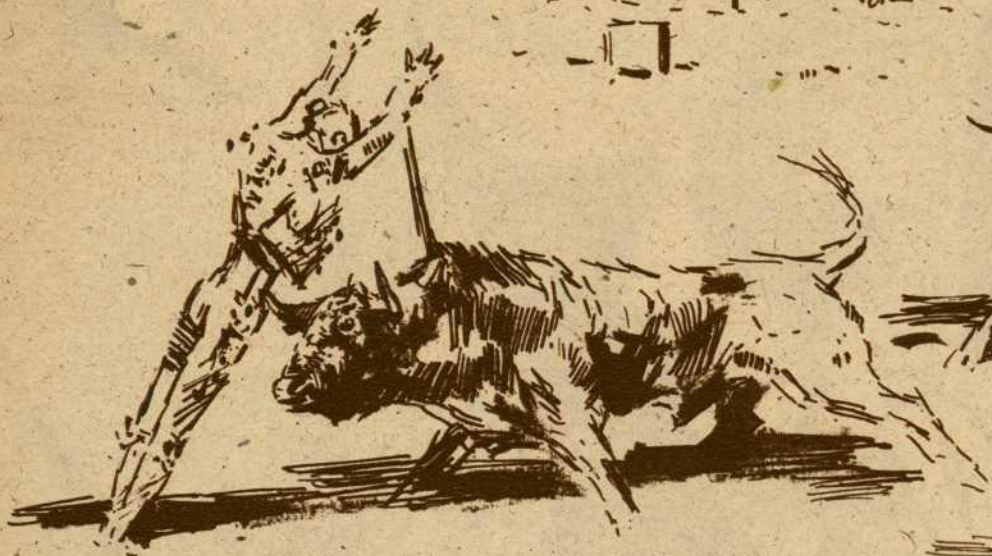
al retirarse a la en-  
fermería, después  
de su grave cogida

(Fot. Vidal)

# EL LAPIZ EN LOS TOROS



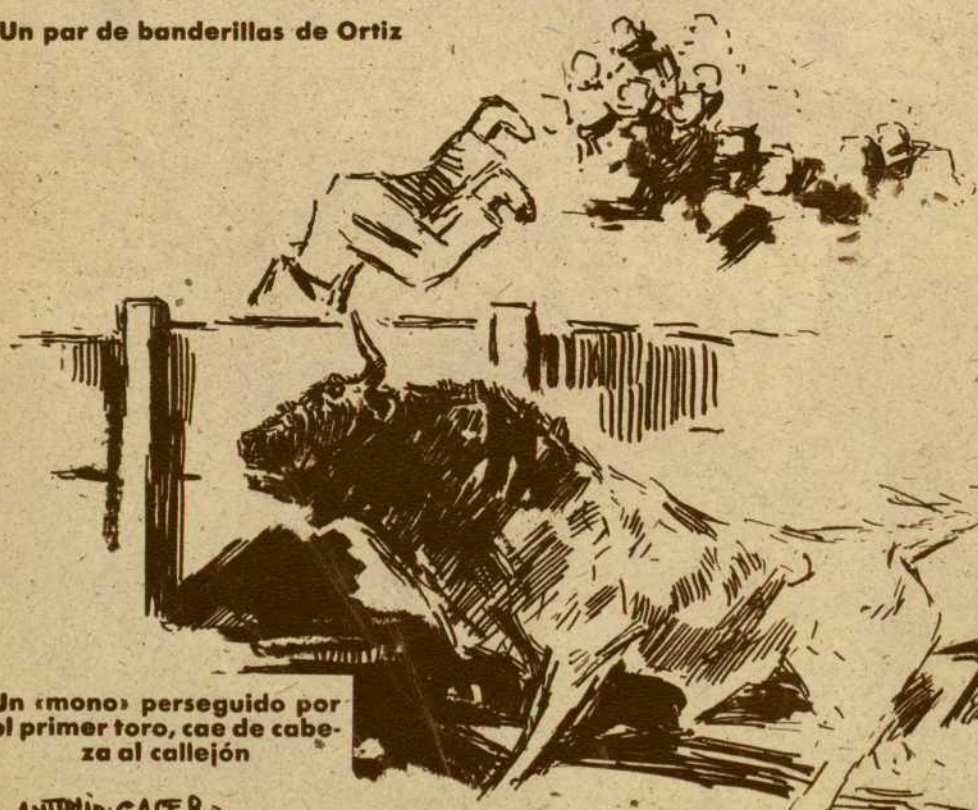
En vista del aburrimiento de la tarde, el sexto novillo decide echarse una siestecilla



Un par de banderillas de Ortiz



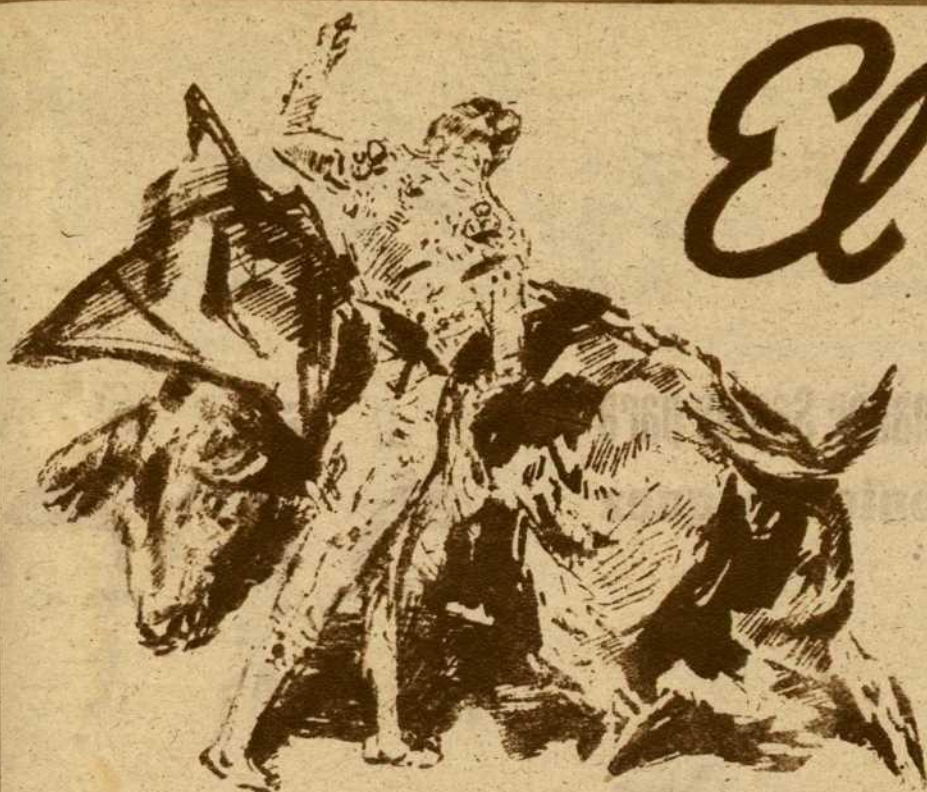
Media verónica rodilla en tierra de Peris y una manolita del mismo diestro



Un «mono» perseguido por el primer toro, cae de cabeza al callejón

ANTONIO CASERO





# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I

Madrid, 25 de julio de 1944

Núm. 7

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



LA temporada taurina tiene su cenit en esta fastuosa feria valenciana que se celebra caliente y alegre, como para saciar la voracidad de los aficionados más exigentes, con nada menos que doce corridas de toros, por las que desfilan las primeras figuras del toreo y las ganaderías más famosas de campos andaluces y salmantinos. ¡Un alarde!

Un alarde que no podría seguramente repetirse en ninguna otra ciudad española. Creo que casi podría tomarse como un índice de la potencialidad económica de Valencia el abono de toros de su feria.

Aquello es el derroche, porque los toros, con todo su tronío y el montón de duros que representan, sólo son una parte de lo que en la capital se gastan los huertanos de Algemesí, Catarroja, Chestre, Chiva, Gandía, Liria..., no ya en las obligadas habitación, comidas y meriendas, sino en las innecesarias mil chucherías que hay que llevar a los que se quedaron y en las constantes entradas a bares y confiterías consumiendo gambas a la plancha, clóchinas, cerveza, helados, vinos, o esa infinita variedad de golosinas en cuya fabricación son maestros los confiteros valencianos.

Y no digamos en esas meriendas en pleno centro de la corrida, con tres o cuatro toros despachados y otros tantos por despachar, cuando las bolsas de vistosas y succulentas frutas, las patatas fritas, los bocadillos, la sidra y la manzanilla trepan del callejón a los tendidos de mano en mano mientras se comenta la última faena y se lanza el augurio para el resto de la tarde. ¡Un verdadero derroche!

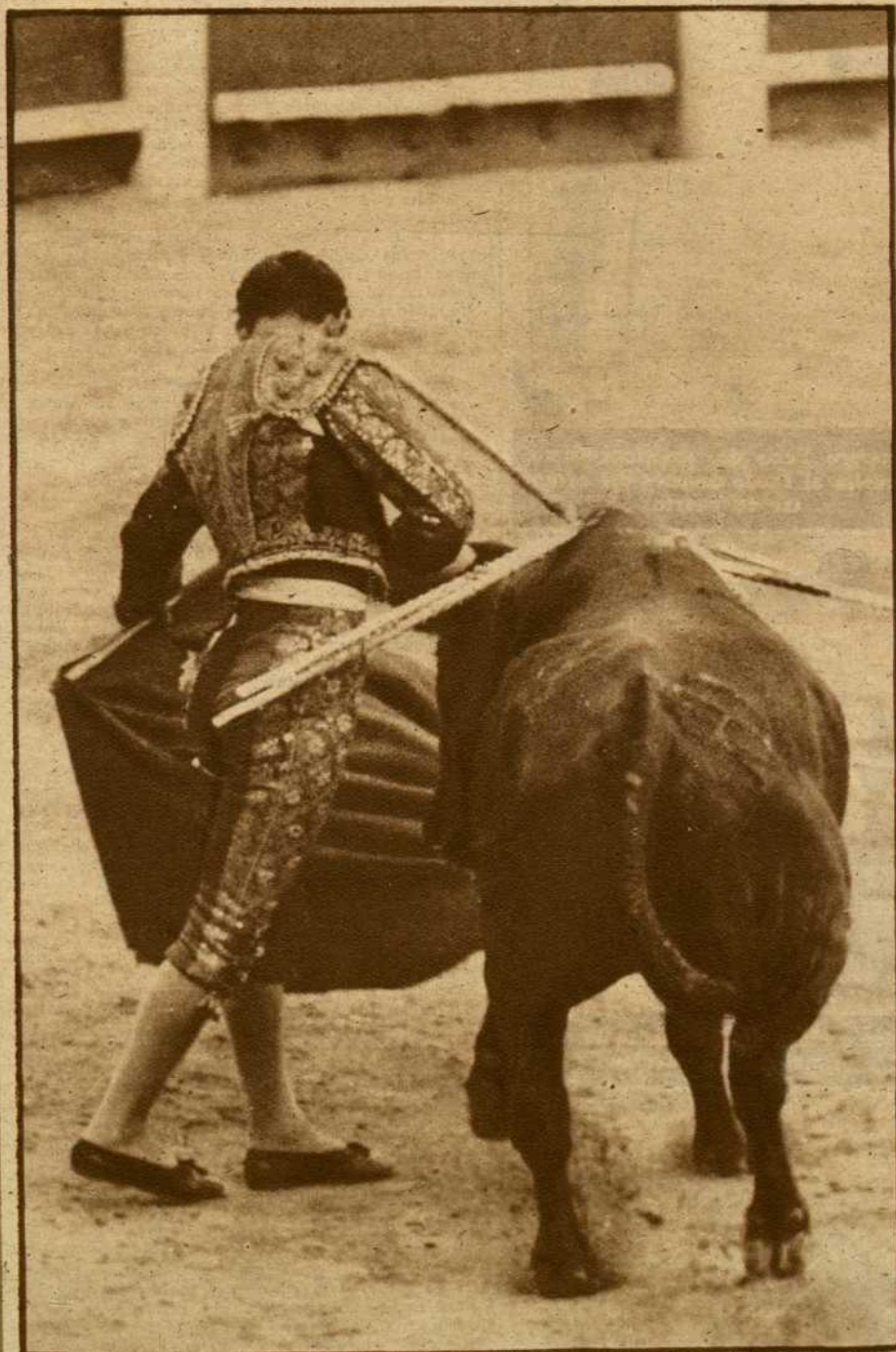
Un derroche realizado con tanta generosidad y desprendimiento como entusiasmo por la fiesta. Y así rara es la vez que los valencianos salen defraudados, totalmente defraudados de los toros. Siempre encuentran algún motivo para ovacionar entusiasmados y convertirlo luego en tema de comentario.

Tres corridas llevan vistas a la hora de entregar estas cuartillas a las linotipias, y en todas encontraron diversión. Porque si la primera fué algo notable con el corte de orejas a sus toros de Ortega y Manolete, en la segunda, que bajó de tono, aun hicieron dar sendas vueltas al ruedo al paisano Barrera y al diestro cordobés y obtuvieron la oreja para el Andalúz, sin exagerar, en una y en otra, sus protestas a Juanito Belmonte, que tiene el santo de espaldas, y en la tercera, que fué accidentada con las cogidas, sin graves consecuencias por fortuna, de Manolete y Antoñito Bienvenida, tributaron al primero una ovación apoteósica y otorgaron al Andalúz las orejas de sus toros, sacándolo después en hombros.

Mientras tanto nosotros estamos emparedados entre dos novilladas; una, ya vista, de moruchos indignos de lidiarse en la plaza de Madrid, y otra que veremos esta tarde, que aunque no deja de tener alicientes, no resulta el festejo adecuado a la fiesta que hoy se celebra en España.

La Empresa madrileña es así. Sin las corridas benéficas y aquella segunda de los Bienvenida, nada tendríamos que reseñar en el resumen de la presente temporada. Agosto llegará con su inevitable séquito de nuevos en esta plaza.

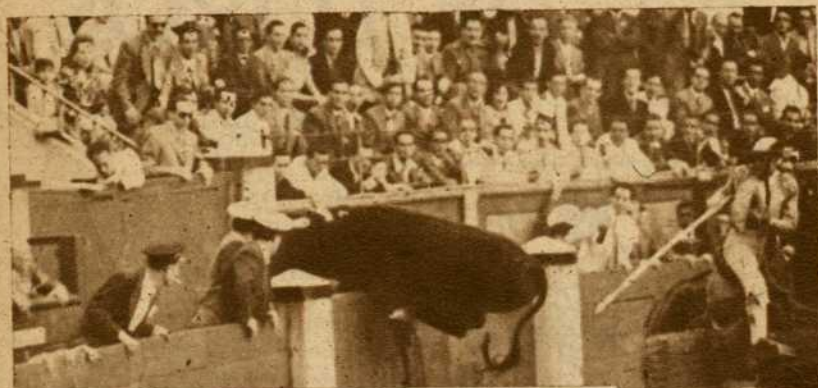
Y menos mal que esperamos, de septiembre a octubre, rematar con algo digno de mención... ¡Si el tiempo no lo impide!



EL DOMINGO, EN MADRID.—Un natural de Francisco Peris al cuarto novillo de García de la Peña. El novillo fué, como todos los de la misma vacada, manso, pero el valenciano logró una bonita faena  
(Foto Baldomero)

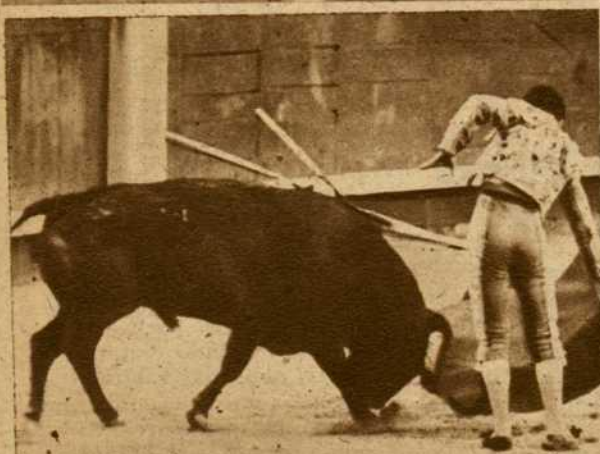
# La corrida del domingo en MADRID

Cinco novillos de García de la Peña y uno de Amador Santos para Francisco Peris, Manuel Ortiz y Antonio Márquez



Los novillos de García de la Peña tuvieron todas las características de los moruchos que se lidian en las plazas pueblerinas

Francisco Peris da, emocionadísimo, la vuelta al ruedo después del arrastre del cuarto



Un muletazo de Ortiz al bravísimo novillo de Amador Santos



El valenciano Peris en un quite durante la lidia del quinto



El sexto pidió perdón a Márquez, pero Antonio no se lo concedió y lo mató por lo mediano



Manuel Ortiz durante la faena al novillo de Santos



Francisco Peris muleteando al cuarto (Fotos Baldomero)

## RESEÑA



Peris

Ortiz

Márquez

Hay media entrada y preside el señor Caruncho. Seis novillos de don Félix García para Francisco Peris, Manuel Ortiz y Antonio Márquez, debutante.

Primero.—Largo y fiaco. Peris veroniqua valiente. Tres varas y quites de los diestros. Un par y tres medios, tardeando el novillo. Peris brinda a la plaza y hace una faena valiente, aguantando las tarascadas del bicho. Por fin, sale apurado y con rotura de la taleguilla. Una estocada baja al encuentro. (Palmas.)

Segundo.—Flaco y más pequeño. Ortiz veroniqua compuesto. Dos cortas. Ortiz coloca un par caldísimo y otro bueno de frente, que se aplaude. Muletea por bajo y sobre piernas, y mata de un pinchazo y una corta perpendicular.

Tercero.—La misma lámina. Márquez lancea valentón. Tres varas. Quitos del matador y Peris. Dos pares. Márquez brinda al público, y comienza con un cambio. Sigue al natural, y hace una faena embarrullada y movida. Mata como puede, de cuatro pinchazos, no todos en el novillo, una alargando el brazo y tres descabellos.

Cuarto.—Ecurrido y cornalón. Tres varas y un refilonazo. Un par y tres medios pares. Peris muletea suave por bajo y sigue en redondo. A petición del «brazo» del 7 torea al natural un poco, sin ajuste. Saca después pases lucidos y voluntariosos, y acaba con unas manoletinazas, para una estocada corta. (Ovación, vuelta al ruedo y saludo.)

Quinto.—Gacho y de buena lámina. Ortiz lo recibe con seis verónicas y media buenas. (Ovación.) Cuatro varas, de donde dentro el tope en la última. (Branca.) Ortiz, que no lidia bien, para poner en suerte, quita por detrás, y Peris veroniqua de rodillas. (Aplausos.) Pone dos pares de frente y uno por dentro. (Ovación.) Brinda al público, y no aprovecha las condiciones del animal. Comienza por alto y en redondo. Naturales y manoletinazas sin reposo todo. Dos pinchazos, estocada y dos descabellos. (Palmas.) Se aplaude al novillo.

Sexto.—Ecurrido y flojo. Márquez lancea mal. Cuatro varas. Dos pares. Márquez muletea, se cae el toro y lo levanta en peso la cuadrilla. Cinco pinchazos y dos descabellos. (Pitos.)

## JUICIO CRITICO

### La primera verbena

Las novilladas de esta fecha ya son verbeneras, aunque la Empresa, a veces, ha metido festejos de éstos en época mas seria. Estas ya van a tono con la época actual, cumplida (?) la primera temporada. En fin, que no hay que ponerse demasiado serios en apuntar con obra corriente. El que se cansasen casi todos los novillos; el que a uno hubiese que levantarlo tirando un peón del rabo y otro pujando por los cuernos; el que la cuadrilla de Peris no pudiese un par entero ni por casualidad, y el que el debutante Márquez se perfilase y no encontrase toro en el viaje y si arena para pinchar, hay que contemplarlo con ceño flojo y verbenero.

Francisco Peris fué el mejor, por su voluntad en el primero, peligrosillo en la colada, y por su labor, más placentera, menos de chiripa que la de los demás, en su segundo, al que muleteó poniendo gran valentía y compostura casi siempre, sin que el novillo, flojo y quedado, le acompañase demasiado. Hizo quites por verónicas, rocilló en tierra, que recordaron perfiles de diestros idos, imperfección aparte. Y su labor compuesta mereció aplausos y vuelta al ruedo.

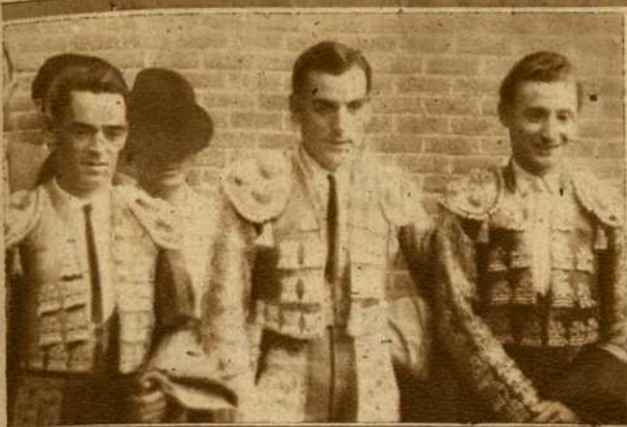
Manuel Ortiz, que no sabe muletear sino a medias, es decir, que se queda en la mitad del pase con el toro encima, desperdició por ello el único buen novillo de la tarde. Estuvo valiente, había lanceado bien y puso tres pares discretamente buenos; pero ahí se quedó la cosa, en voluntad y en algún destello muy aislado.

Antonio Márquez se ahogó en la plaza, verbena incluida. No crea, por lo que se vio, que pueda seguir por senda alguna en el toreo. Suerte en otra cosa, muchacho.

Los novillos extremeños de don Félix García, con la excepción del quinto, que ni hermano parecía, flacos, destartados y magros. Midieron la plaza con las rodillas, caída tras caída. Ni malas intenciones—que, por lo menos, requiere tener intenciones—tuvieron, salvo el primero, en la primera verbena que la fecha nos manda.

EL CACHETERO

# Fotogramas del domingo en Madrid



Los tres matadores, un sombrero y un señor que no quiere verse retratado en los periódicos



Ortiz y su banderillero Torerito ríen. El otro subalterno arruga el entrecejo. ¿Qué pasará?



Juanito, el mozo de espadas, provisto del estoque y botijo, da ánimos a Peris



Ortiz, Márquez y un amigo



Manolo Ortiz, minutos antes de comenzar la corrida

## DESPUES DE LA CORRIDA Hablan los toreros

PERIS

Paco se halla rodeado de un nutrido grupo de amigos que animadamente comentan las incidencias de la corrida. El valenciano, aislándose un poco de los demás, nos dice:

—Tres temporadas pendiente de volver a pisar el imponente ruedo madrileño. Al fin, cuando menos lo suponía, llegó la ansiada oportunidad. Lo que yo esperaba fuera la clave del éxito. Pero mis dos novillos no quisieron prestarse a proporcionármelo. Pese a que era la primera corrida que toreaba este año, quise torearlos a placer y al gusto y derechos del público. Mi primer enemigo se revolvió y punteaba, sin darme tiempo para reanudar los lances. Por el defecto apuntado se me llevó un jirón de la taleguilla. Con tales bichos era difícil templar y mandar. Al no ser propicios para el repertorio de lucimiento, opté por lidiarlos con arreglo a la brevedad propia de estos casos. Quiero expresar mi honda gratitud por la cordial acogida dispensada por este público, del que tanto tiempo estuve alejado y al que no he podido proporcionar la tarde jubilosa que en vano intenté con mi mejor voluntad.



Francisco Peris, antes de hacer el paseo

ORTIZ

En una sala común, el diestro y algunos individuos de su cuadrilla cambian la ropa de torear por la de calle.

Como Dios nos da a entender, a falta de mejor apoyo, descansamos las cuartillas sobre los barrotes de una cama y nos disponemos a recoger las impresiones del segundo espada.

—Para qué voy a decir—afirma—que he quedado contento. ¡Si sería tanto como faltar a la verdad! Posiblemente haya contribuido a no alcanzar el lucimiento deseado la imposibilidad de dominar un nervosismo en mi poco frecuente.

—¿Qué le parecieron los novillos?—inquirimos.

—Tuve un mitad y mitad. El primero frenaba mucho la arrancada, por lo que se quedaba debajo de la muleta, y por si esto fuera poco resultó burriciego del derecho.

—Pero, en cambio, el segundo...

—Fué bravo; no crea usted que no fui el primero en darme cuenta de que era el mejor del lote. Por mi precipitación en conseguir el triunfo y por los dichos nervios, varias veces se me olvidó dle la oportuna salida.

Alguien alude a la facilidad del malagueño con los garapulos. Un peón de la cuadrilla explica que de las doce corridas que llevan torreadas, en todas el maestro se ha encargado de banderillar sin auxilio ajeno. Incluso en Barcelona, a un toro foguado, al que clavó cuatro pares de las detonantes.

MARQUEZ

¿Cuántos toreros se habrán alojado en la fonda que hoy alberga al debutante de tandas? Sin recurrir a los antiguos, al ascender los pines peñaños, íbamos recordando los nombres de Paco Madrid, Larita, Maera, Varelito, Chicuelo, Zurito, Niño de la Palma, Perlacis, Palmeño, entre otros muchos.

El sevillano parece estar todavía bajo el peso de la preocupación. Es su mozo de espadas, con su locuacidad, el que busca eximentes para la actuación de su matador.

—La poca fuerza de que ha adolecido el ganado, es la causa de que Antonio no se haya acoplado lo debido. Téngase en cuenta que de tres corridas que lleva torreadas, recibió en la segunda una cornada que lo ha retenido en cama diecisiete días. ¿No ha visto usted—nos espetó—que los toros de hoy precisaban de un torero muy placeado, dotado de muchos recursos para poder con tales astados?

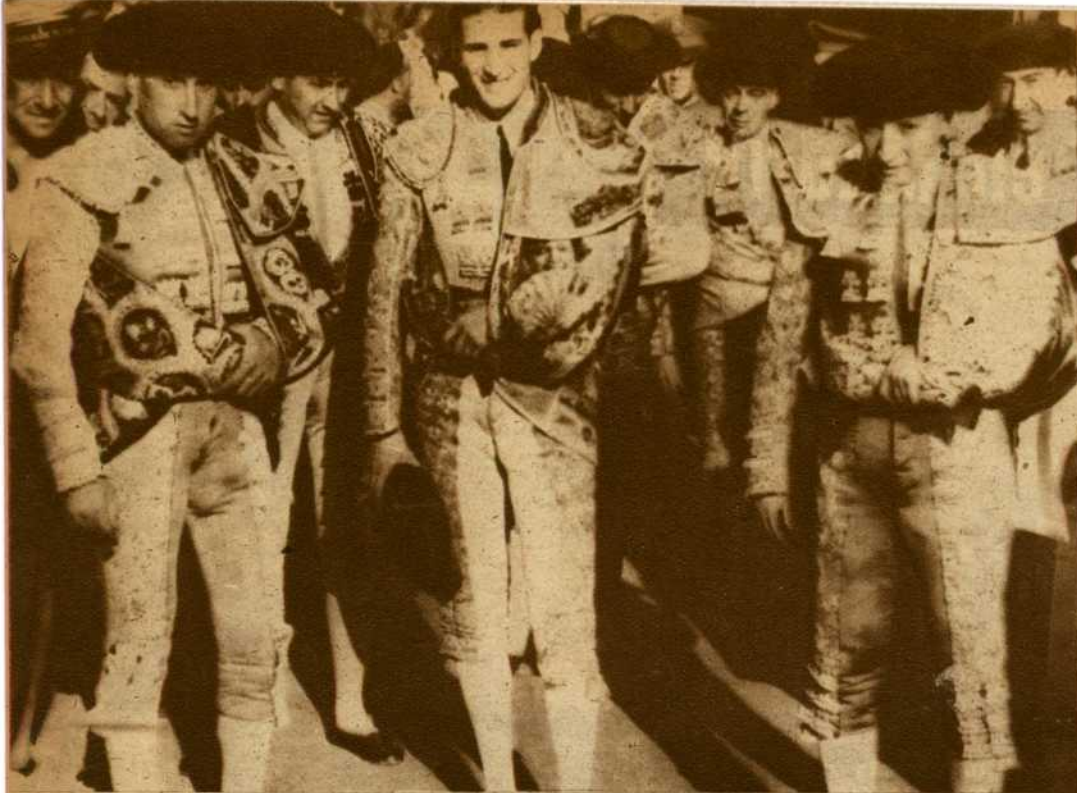
Y nosotros, que en modo alguno esperábamos nos sometieran a tal consulta, ante la muda interrogante de Márquez, de su auxiliar y de cuatro guardias civiles paisanos del primero, optamos por la más franca y decidida de las fugas.



El valenciano Peris, preparándose para ir a la Plaza



El novillero de Villamanrique Antonio Márquez  
(Fotos Manzano)



Morenito de Valencia, Julián Marín y Chicuelo antes de hacer el paseo

## LA CORRIDA DE LA VEJEZ DEL TORERO EN SEVILLA

### Seis de Isaías y Tulio Vázquez, para CHICUELO, MORENITO DE VALENCIA y JULIÁN MARÍN

SEVILLA, 23. (De nuestro corresponsal N.).—Esta tarde, en la Maestranza, con un lleno casi total, se ha celebrado la corrida organizada por La Vejez del Torero, en la que se han lidiado seis reses de don Isaías y don Tulio Vázquez, por los diestros Chicuelo, Morenito de Valencia y Julián Marín.

Primero.—Negro y bien armado. Chicuelo intenta recogerlo con la capa, sin conseguirlo. El bicho acomete bien a los caballos. Con la muleta, Chicuelo hace una faena de alivio, sin exponer nada. Entra siete veces a matar y otras tantas el descabello. El toro dobla y lo remata el puntillero. (Pitos.)

Segundo.—Negro también, gordo y con el cuerno izquierdo escobillado. Morenito de Valencia torea atropellado. El tercio de varas, sin nada de particular. Chicuelo, en unos quites, logra algunos aplausos. Con la muleta, Morenito de Valencia hace una faena suelta, sosa, aunque se muestra valiente. Entra a matar cinco veces, y al fin el toro cae. (Aplausos.)

Tercero.—Negro, más gordo que los anteriores. Es acogido con aplausos. Julián Marín lo saluda con varices lances buenos, bajando las manos y escuchando palmas. El bicho toma cinco varas, aplaudiéndose un quite de Chicuelo muy pinturero. Comienza la faena quieta la planta, sacando algunos pases por alto magníficos. Sigue con naturales por la izquierda e instrumenta después una serie de pases de todas las marcas, que se aplauden. Entra a matar muy bien, dejando una estocada que sale por un brazuelo. Repite con media buena, que basta. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Cuarto.—Negro y abierto de cuernos. Chicuelo deja que los peones se las entiendan con él. Al fin se decide a intervenir y saca varias verónicas, que se le aplauden. En el tercio de varas, lo único notable es un quite bueno de Chicuelo. Con la muleta, Chicuelo hace una faena miedosa entrando a matar cinco veces. Intenta otras siete el descabello, acertando cuando suena el primer aviso. Chicuelo se retira a la enfermería. (Pitos.)

Quinto.—Negro y bajo de cuernos. Morenito de Valencia torea sin arte. El bicho entra con codicia a los caballos. Por ello toma tres varas más, distinguiéndose Morenito de Valencia en unos quites. Con la muleta, Morenito de Valencia hace una faena valiente, pero pesada y sin lucimiento. Entra a matar y deja media en lo alto, acertando al segundo intento de descabello. (Aplausos.)

El público aplaude largamente a los ganaderos.

Sexto.—Negro, igual que sus hermanos, y muy apretado de cuernos. Julián Marín lo recoge con la capa y da varias verónicas templadas, que gustan. Como Marín es el único espada que queda en el ruedo, pues también Morenito de Valencia, al terminar de matar a su segundo toro, marchó a la enfermería, en donde se le apreciaron síntomas de insolación, actúa solo en el tercio de varas. Hay una caída al descubierto, y acude al quite rápido y oportuno Marín, siendo muy aplaudido. Brinda la muerte del toro a los ganaderos, y comienza con un pase por alto, aguantando mucho, que pone en pie al público. Continúa valiente e intenta torear al natural. Cambia de sitio y da varios pases en la misma cara del bicho. Entra a matar muy bien y deja una estocada hasta el puño. (Gran ovación, que se repite al retirarse del ruedo.)

El peso de los toros fué el siguiente: 280, 278, 318, 307, 305 y 283 kilos, respectivamente.



Manuel Jiménez toreando de capa a su primero en la corrida celebrada el domingo en Sevilla

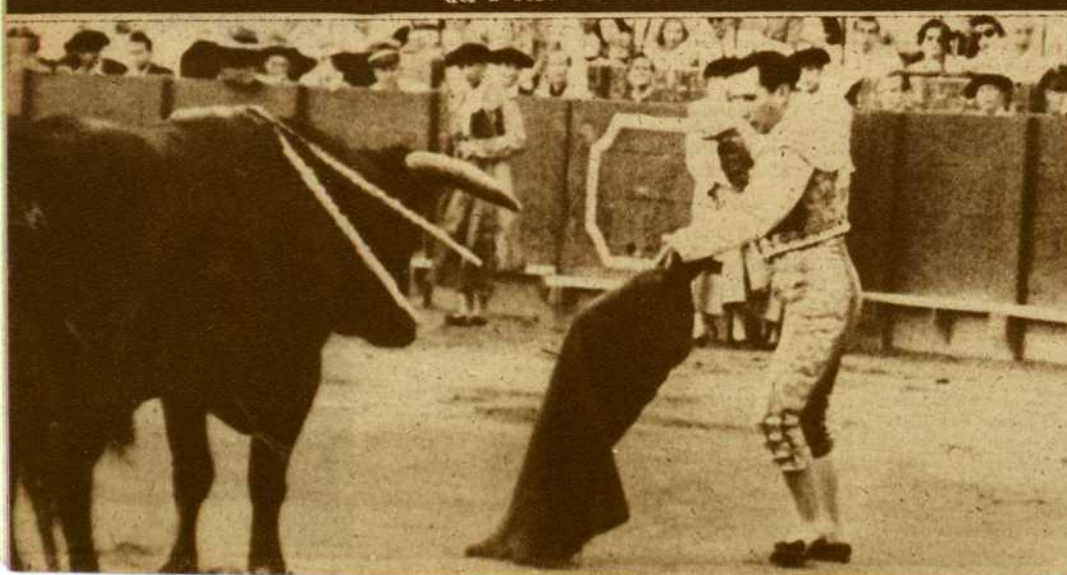


Un muletazo con la derecha de Morenito de Valencia en su primer toro



Morenito de Valencia entrando a matar a su segundo toro

Chicuelo perfilándose para entrar a matar a su primero en la corrida por la Vejez del Torero



Un pase de pecho de Chicuelo en su segundo toro, que escuchó algunos pitos por su faena desafortunada



# El Ruedo



ANTONIO CASERO

## VICTORIANO DE LA SERNA cortó

### una oreja en La Línea

### Alternaron con él DOMINGO

### ORTEGA y MIGUEL DEL PINO



La Serna

tercera y última corrida de feria con ganado de Domingo Ortega para los diestros Ortega, La Serna y Miguel del Pino.

Preside don Salvador Quero, comisario de Policía.

Primero.—Ortega instrumenta unos lances movidos, pero termina con media verónica buena, y escucha palmas. Aquanta el toro seis varas y tres pares de banderillas.

Ortega realiza una faena movida pero intercalando algunos pases buenos, que se aplauden.

Señala un pinchazo, otro, media estocada delantera y descabella. (Palmas y pitos.)

Segundo.—La Serna, pese a las condiciones del toro, instrumenta cuatro lances muy buenos.

Con trabajo se ponen a la res cinco varas y tres pares de banderillas, escuchando palmas Rosalito y El Aquila.

La Serna inicia la faena con las dos rodillas en tierra. Luego, en pie, liga tres pases por alto ayudados, cinco naturales con la derecha, uno de pecho y otro natural, aplaudiéndose. Entrando de cerca deja media buena y descabella. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Tercero.—Miguel del Pino escucha palmas por su labor con el capote. El toro, muy bravo, entra con codicia a los caballos y apuntamos nueve varas y dos pares y medio de banderillas.

El matador instrumenta varios pases naturales, por bajo y por alto; molinetes y manoleínas. Un pinchazo, una estocada delantera y el descabello. (Ovación, petición de oreja y saludos.)

Cuarto.—Se aplaude a Ortega por una serie de verónicas. Cinco varas y dos pares y medio de banderillas. La labor de Ortega con la muleta es breve, destacando en ella dos naturales y uno en redondo. Mata de un pinchazo y medio estocada caida. (Palmas y pitos.)

Quinto.—No hay nada destacable en verónicas, y el toro, tarde en varas, es castigado a fuego. En estas condiciones, La

LA LINEA DE LA CONCEPCION 23 (Mencheta).

Se celebró la



Ortega

Serna tiene que limitarse a una faena de alio, que realiza con valor, y mata de cuatro pinchazos y el descabello. (Pitos al toro en el arrastre.)

Sexto.—También mansurrona. Del

Pino da unos lances vulgares, y el toro aguanta cinco varas y tres pares de banderillas.

La faena de muleta de Del



Del Pino

Pino es valiente y torero.

Hay pases por alto, naturales muy buenos, de pecho y manoleínas, y mata de media buena y el descabello. (Ovación y vuelta al ruedo.) El toro es

silbado en el arrastre.

El peso de las reses fué el siguiente: 186, 240, 221, 247, 228 y 218 kilos, respectivamente.

## Alortunada presentación de FERNANDO

### SESMA en Zaragoza



Sesma

ZARAGOZA (Mencheta).—En la noche del sábado se celebró un festival taurino con toro a la española y

toreo hispano-landés.

En la primera parte lidiaron cuatro novillos de don Prudencio Encinas los diestros Octavio Iciegas y Fernando Sesma.

Iciegas estuvo en su primero voluntarioso con la capa, regular con la muleta y con el estoque pesado, por lo que oyó pitos. En su segundo oyó palmas en una serie de verónicas. Con el trapo rojo da pases por alto aceptables; pero con el pincho no tuvo suerte, entrando muchas veces. Mató con la puntilla y oyó pitos.

Sesma escuchó aplausos en su primero por una serie de verónicas y una faena de muleta pinturera. Mató de media delantera, un pinchazo y otra

media. (Aplausos y vuelta al ruedo.)

En el segundo estuvo bien con el capote, e hizo una faena voluntariosa y valiente para mal de una estocada atravesada y media delantera. (Aplausos.)

El toreo hispano-landés fracasó por todos conceptos. El primer novillo, de cierto respeto, provocó el pánico en el ruedo, y en las primeras de quiebro fueron cogidos dos toreros landeses, que pasaron a la enfermería, no pudiendo continuar. En vista de ello, los toreros españoles se ofrecieron para ayudar al landés, aplaudiendo el público esta muestra de compañerismo. El torero extranjero despachó a sus dos enemigos con brevedad.

## Cogida del novillero ROLDAN en Córdoba

### Una oreja para PARRITA



Parrita

CORDOBA 23 (Mencheta). Se lidiaron seis novillos de Hidalgo Hermanos, de Sevilla, para Miguel Antonio Roldán, Pepín Martín Vázquez y Agustín Parra (Parrita).

Preside el comisario de Policía don Rafael Martín Curvajal, y la entrada es buena a la sombra y regular en el sol.

Primero.—Negro, meano, de bohita estampa. Roldán se luce con la capa, y es aplaudido, como asimismo en quites. Tres varas y tres pares. Roldán instrumenta pases ayudados por bajo y naturales. (Palmas.) Dos pinchazos, una estocada corta y descabella. (Palmas.)

Segundo.—Cárdeno. Pepín está adornado con el capote. Tres varas y tres pares. Martín Vázquez comienza por alto, valiente; pero el toro no se presta a lucimiento. Mata de dos pinchazos y el descabello. (Silencio.)

Tercero.—Cárdeno. Parrita instrumenta dos verónicas superiores. (Palmas.) Se repiten las ovaciones en un quite. Tres varas y dos pares y medio. Parrita realiza una faena por na-

turales de cerca. Sigue con la izquierda, e instrumenta varias manoleínas. Finalmente, da un soberbio pase de pecho, y mata de una gran estocada, seguida del descabello. (Ovación, oreja y vuelta.)

Cuarto.—Cárdeno. Roldán está lucido con el capote. Varas y palitroques reglamentarios. Roldán realiza una faena inteligente por bajo. Al dar un pase sale en gancho por un muslo, quedando exánime en la arena. Recogido por las asistencias pasa a la enfermería. Pepín coge los trastos; da varios pases por bajo, y aprovechando, atiza una estocada que basta. (Ovación.)

Quinto.—Negro, lucero. Martín Vázquez es aplaudido con la capa. Los picadores cumplen. Martín Vázquez coloca dos pares al cambio, que se ovacionan, y otro al cuarteo. Brinda la faena al público, y da varios pases superiores, entre los que sobresalen varios molinetes y naturales. Cobra media buena y descabello. (Ovación y vuelta.)

Sexto.—Negro, meano. Parrita capotea bien. Tres varas y tres pares de rehiletes. Parrita, en su primer pase, es arrollado sin consecuencias. Sigue con precauciones, y mata de dos pinchazos y media estocada.

Los toros pesaron en canal 183, 194, 110, 208, 206 y 206 kilos, respectivamente.

El porte facultativo dice que du ante la lida del cuarto novillo ingresó en la enfermería Miguel Antonio Roldán, quien sufre contusiones en el muslo derecho y región occipital y conmoción cerebral, siendo su estado de pronóstico reservado.

En una camilla se le trasladó a su domicilio.



M. Vázquez

## El ESTUDIANTE

### sustituirá a

### VICENTE BARRERA

### en la feria

### valenciana

VALENCIA 23 (Mencheta).

El diestro valenciano Vicente Barrera, que sufrió un grave percance en la segunda corrida de feria, fué trasladado a su domicilio después de un examen radiográfico por el doctor Rives, que ha confirmado el primer diagnóstico sobre la fractura cerrada de las costillas séptima y octava.

El diestro sufre agudos dolores, habiéndosele aplicado varios inyectables para aliviarle.

Rodean al herido sus familiares y amigos.

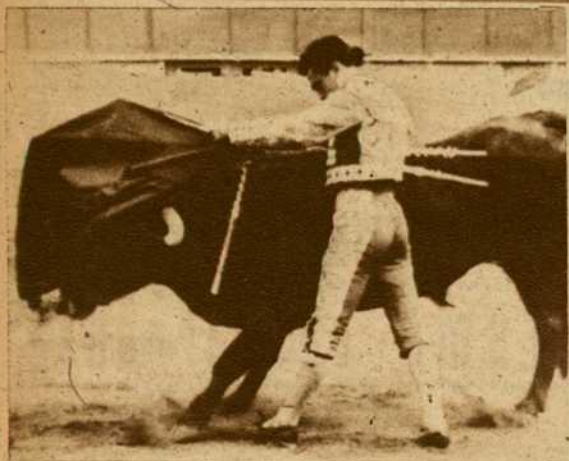
El hueco que deja Vicente Barrera en las tres corridas que, además de la de ayer, tenía contratadas con motivo de la feria, lo ocupará El Estudiante, después de la cogida que sufrió en Pamplona, con lo cual el número de corridas en que intervendrá, contando las propiamente concertadas, será de cinco, quedando todavía una vacante, por coincidir en el cartel del día 26 los dos diestros citados.

### NOTA IMPORTANTE

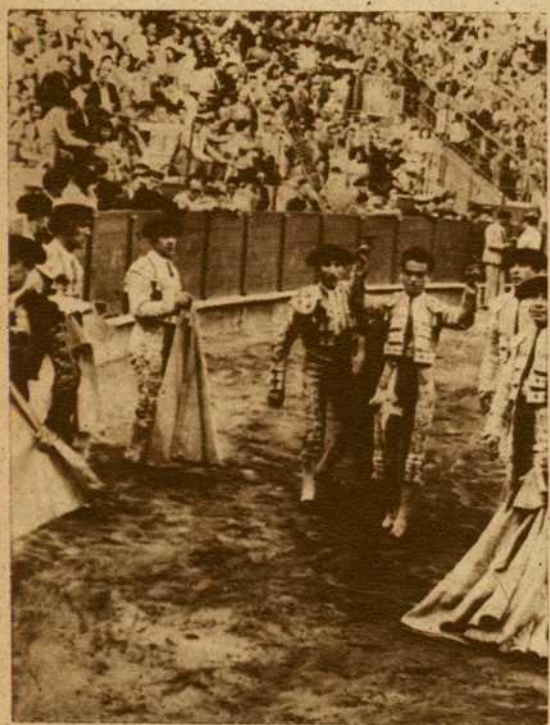
Este diario, como afirmación y garantía del prestigio que debe rodear siempre a la Prensa taurina, desautoriza cualquier intento de intermediarios desaprensivos, dirigido a convertir sus páginas en título negociable.

MARCA ruega a los profesionales del toro o apoderados que denuncien todas las proposiciones irregulares de que tengan conocimiento a la Delegación Nacional de Prensa, Montequilina, número 2.

# CARTEL DE BARCELONA



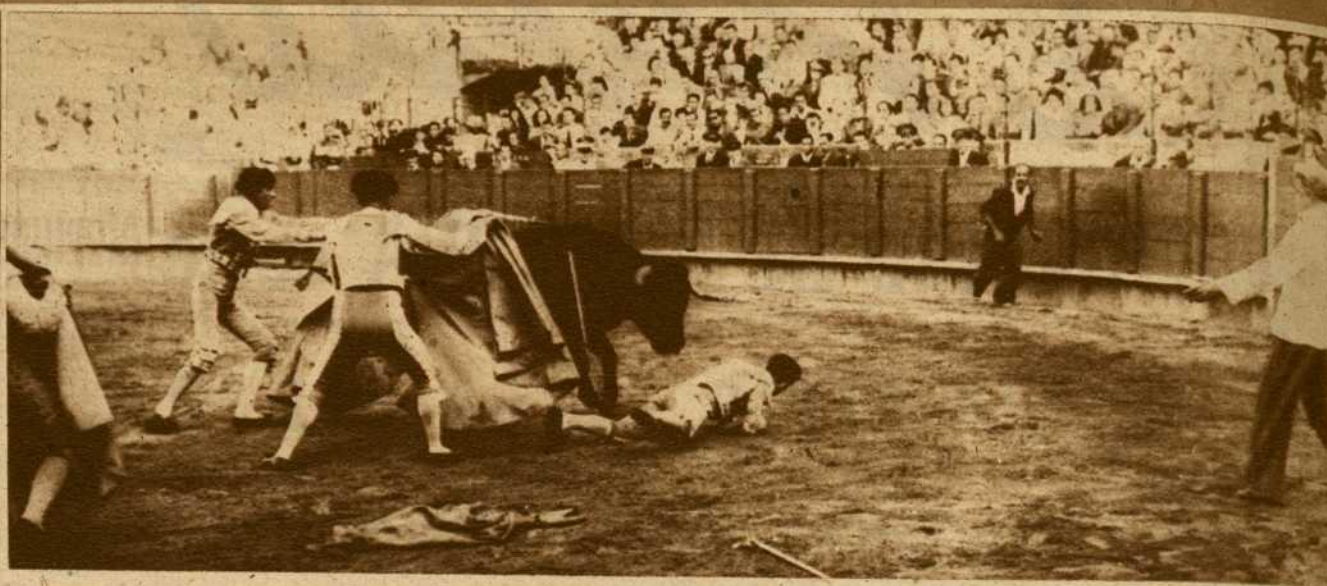
Manolo Cortés en un pase ayudado por alto



Cortés con las orejas cortadas a su toro



Aguado de Castro en un muletazo junto a las tablas a su segundo novillo.



El momento de la cogida del diestro Manolo Cortés por el novillo al que cortó las orejas después de una faena temeraria. Sus compañeros de terna y los banderilleros se acercan a hacerle el quite



Aguado de Castro toreando por verónicas en el quite que hizo a su primero



Aguado de Castro en un ceñido pase por alto, del que salió trompado

## RESEÑA

BARCELONA, 21. (De nuestro corresponsal, Subirán).—Lleno total en Las Arenas, tarde gris y ventosa, los preliminares de rigor y saludos antes de empezar de Manolo Cortés, que ha hecho el pasello montera en mano a causa de las lesiones que sufrió el pasado jueves.

Primero.—«Colegial», negro. Tres varas y otros tantos quites vistosos de los matadores; que se aplauden con calor. Los banderilleros también se lucen en tres pares fáciles y bien puestos.

Aguado de Castro intenta hacer faena; pero no la liga, y sólo consigue algún natural porfiando mucho. Como el bicho se le queda cada vez más, tira a abreviar, y lo despacha con un pinchazo hondo y descabello a la segunda. (Aplausos.)

Segundo.—«Mechero», entrepelado. Manolo Cortés se planta ante toriles y da la acostumbrada larga cambiada de rodillas limpiamente; al intentar la segunda sale por los aires con la taleguilla hecha unos zorros.

Tres varas, un quite enorme de Cortés y otros dos buenos de Aguado y Cobaleda.

Cortés brinda al senado y hace una faena temeraria de tanto arriarse, en la que sale dos veces cogido aparatadamente. Una entera de efectos rápidos y hay ovación, orejas y vuelta.

Tercero.—«Hermosillo», cárdeno. Cortés pasa a la enfermería y quedan solos en el ruedo Aguado y Cobaleda, que fija lucidamente a su toro.

Tres varas y buen tercio de quites de los dos matadores. En el suyo, Aguado es achuchado y sale con el calzón roto.

Con dos pares y medio queda el salmantino ideal para la muleta, y Cobaleda lo aprovecha para hacer una faena reposada y torera, luchando con el viento, en la que destaca una manoletina.

Una entera a un tiempo, delanterilla, entrando muy de cerca, que hace papilla a su enemigo.

(Ovación, dos orejas y vuelta al ruedo.)

Cuarto.—«Flor de Liss», girón y talludito; pero también más tardo que los anteriores, salta al foso y da un susto a los habitantes del mismo. Tres varas tardeando y nada en quites.

Dos pares y medio, uno de Pepe Amorós enorme. Aguado de Castro, valiente y de cerca, intenta el natural con la zurda y sufre un achuchón muy serio. Lo alía con muletazos por bajo, y luego no hay manera de que pueda cuadrar, pues tiene la cabeza por los suelos.

Dos pinchazos con dificultades, tres intentos de descabello y acierta a la cuarta.

(Palmas a la valentía.)

Quinto.—«Bilbaino»; es negro, cornigacho y con el cuerno derecho muy caído.

Cuatro varas y un quite por chicuelinas de Cobaleda que se aplaude fuerte.

Manolo Cortés, que lleva encima un palizón de su primero, no hace faena; pero está valiente, y lo hace doblar con muletazos de castigo. Una entera caidilla con derrame que basta. (Aplausos.)

Sexto.—«Capachero», negro, muy chico, pero bien armado. Cobaleda lo fija con elegancia, y luego se luce en su quite, el único de relieve. Tres varas.

Cobaleda se encuentra con un manojo de nervios, y tras de sujetarlo bien, aprovecha la primera igualada, para liquidarlo con una entera delantera y atravesada.

Hay palmas y despedida cariñosa con vuelta al anillo.

# Seis de Cobaleda, para Aguado de Castro, Manolo Cortés y Luciano Cobaleda



Las cuadrillas en el paseillo. Manolo Cortés, que sale descubierto; Cobaleda, que hacía su presentación, y Aguado de Castro, forman la terna que alternó el domingo en la Plaza de Toros de Barcelona

## JUICIO CRITICO

Nosotros no podíamos ser la excepción. Fuimos a Las Arenas con la misma afición que todos los que la llenaron por completo, pues el cartel prometía mucho: Aguado de Castro, un valor consolidado; Manolo Cortés, el astro refulgente que nos había dado tardes de intensa emoción, y Luciano Cobaleda, la incógnita, el señorito ganadero que podía muy bien resultarnos un Jaime Coquilla o un Pérez Tabernero. Desde luego, él se traía el género y no era de esperar que éste fuera de mala calidad.

El resultado fué que ni de fú ni fá, algo que nadó entre dos aguas, a ratos aceptable, sin margen para el entusiasmo, y a ratos gris, como la tarde sin sol y con frescos ramalazos ventosos.

¿Tuvo la culpa el ganado? De ninguna de las maneras; acusó casta, bravura suficiente para cumplir con los montados y buena presentación, pues el único que decepcionó un poco fué el último y pasó bien por lo ancho de su cuna y largo de defensa.

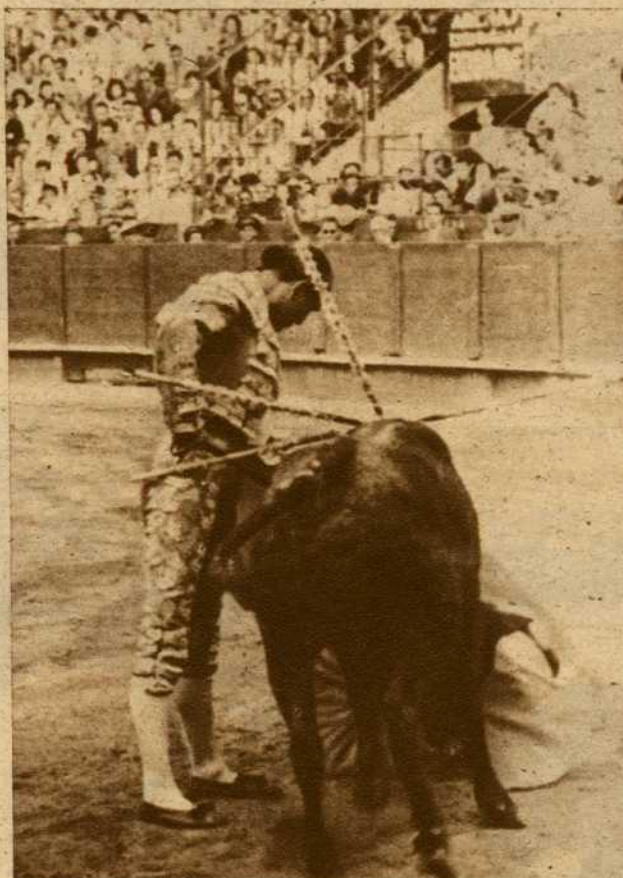
Pero tuvieron a la hora de la muerte mucho nervio, lo cual no va bien ni a los estilistas ni a los que tienen hambre de toro.

Y así fué como nos fallaron Aguado de Castro y Manolo Cortés, triunfando, relativamente, Luciano Cobaleda, bastante enterado del asunto y con el aplomo de «sordao romano» que fué genuino en un Vicente Pastor que aun no ha tenido sucesor desde su retirada.

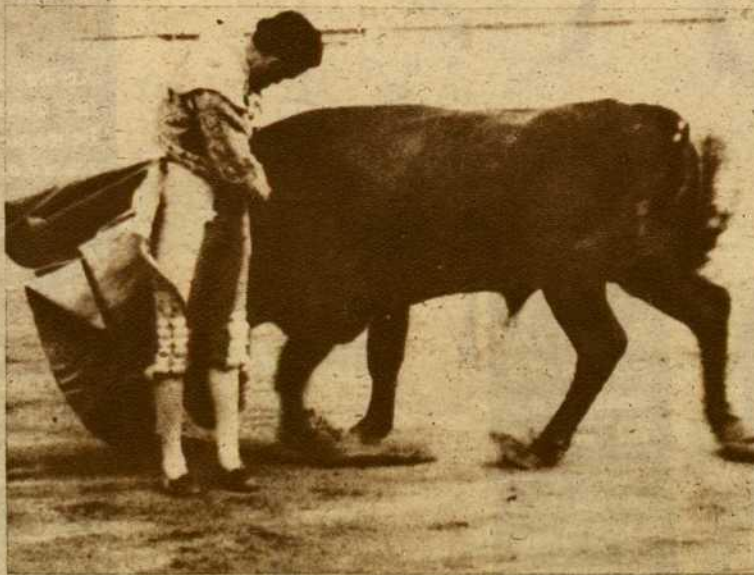
La cotización de Aguado de Castro ha bajado un poquitín desde esta tarde. En sus dos toros escuchó palmas, pero sin vueltas, sin saludos, como premio a sus tardes anteriores, con la misma frialdad de la tarde. Y es que es imposible torear igual a todo lo que salga por los toriles; hay que lidiar cuando no se torea, y esto no va con el estilismo de Aguado. También ha bajado algo el papel de Manolo Cortés, que ha desembocado en lo temerario, quizá por sus excesivas impaciencias de triunfos ruidosos y sucesivos. Hoy también se escapó de la cornada y a la afición no le gusta el ver a sus ídolos caminando de la enfermería, tras de haberlo presentado. Más aplomo, menos prisa y Aleira tendrá fama torera y de sabrosas naranjas.

Luciano Cobaleda nos dió una grata sorpresa. No es una revelación, pero está bien preparado, sabe lo que se trae entre manos y no es el clásico señorito ganadero que ha sentido el capricho de vestir traje de luces y anunciarse en los carteles. Tiene personalidad, que es lo más difícil de tener en el toreo, y su toreo nada tiene en absoluto del toreo campero. Está entrenado, pero no placeado, y puede cuajar en un buen matador de toros si logra, si pule sus deficiencias, la más apreciable la de entrar a matar, imperfecta a todas luces. Nos pareció mucho más enterado con la muleta que con el capote, y como ha de refrendar el casi éxito de su presentación, dejemos la ratificación de criterio para más adelante.

Ahora, a esperar la presentación del mejicano Arruza, anunciada para el próximo martes, que ha despertado enorme interés, porque el recuerdo de los Armillita y «Chuchos» Solórzano no se ha podido borrar aún.



Cobaleda en un natural al toro que cerró plaza



Manolo Cortés en una media verónica momentos después del revoleón que le dió el novillo



El debutante Cobaleda da un pase de muleta por bajo



Un estatuaria de Luciano Cobaleda a su primero

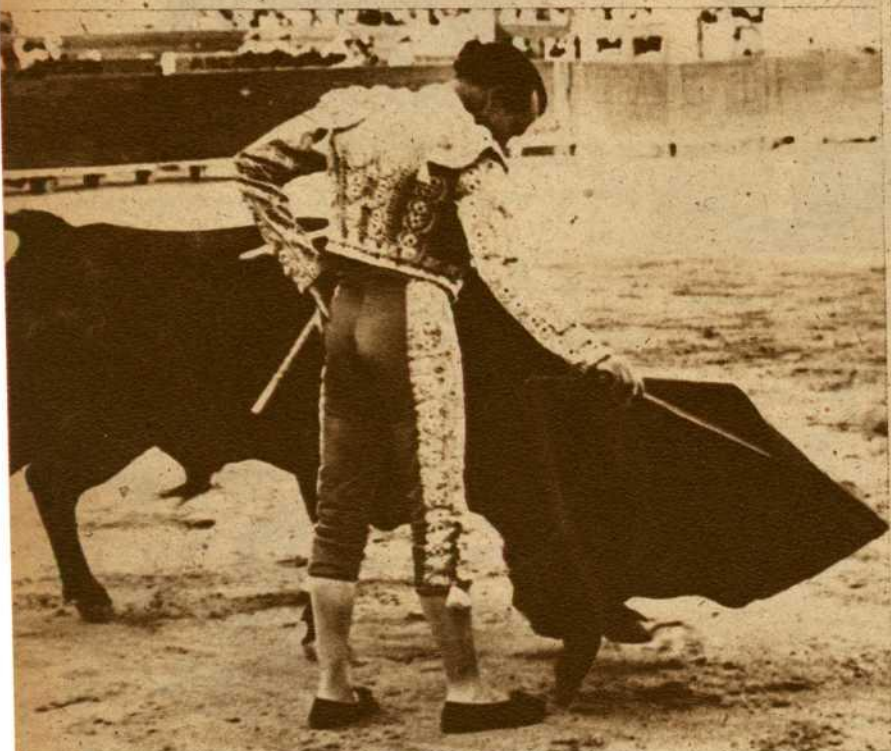


Cobaleda en un pase por alto a su segundo (Fotos Valls.)

# LAS CORRIDAS DE VALENCIA

En las tres primeras actuaron  
Vicente Barrera, Ortega, Belmonte,  
Manolete, Antonio Bienvenida y Andaluz

Belmonte, Manolete y Ortega preparados para hacer el paseo



Un suave y templado derechazo de Ortega en su primer toro



Manolete toreando de muleta con la derecha al segundo de la tarde



Belmonte, cuya nota desta cada fué la del valor en esta corrida, hace doblar a su primero con un ayudado por bajo



En el descanso, entre el tercero y cuarto toro, Ortega y Manolete charlan en el callejón. Belmonte, un poco alejado, permanece pensativo



Un buen ayudado por alto de Belmonte en su primero

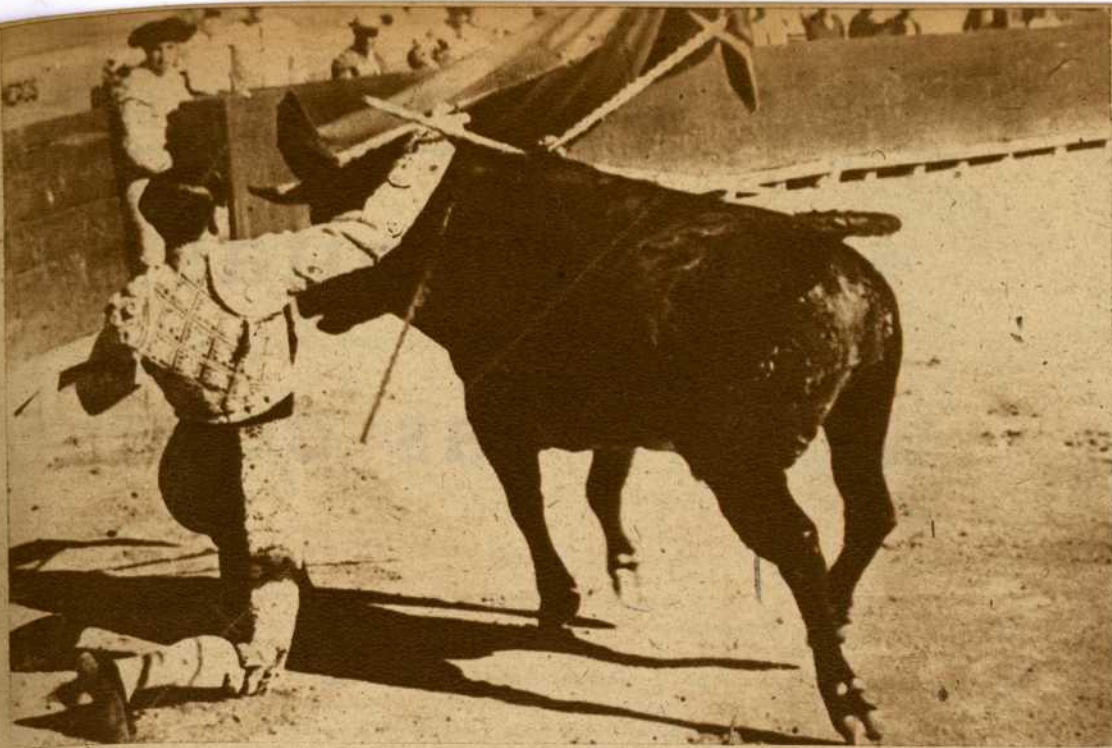


Después de cortar una de las orejas, Manolete saluda al público



Arriba y a la derecha: Belmonte torreado de muleta por ayudados. — A la izquierda: Ortega muestra al público una de las orejas con que fué premiada su actuación, mientras escucha los aplausos de los espectadores





Vicente Barrera en un pase de rodillas, con el que inició la faena de su primer toro, al que cortó las orejas



Barrera con las orejas que cortó a su primer toro

Momento de la cogida de Barrera, en la segunda de feria

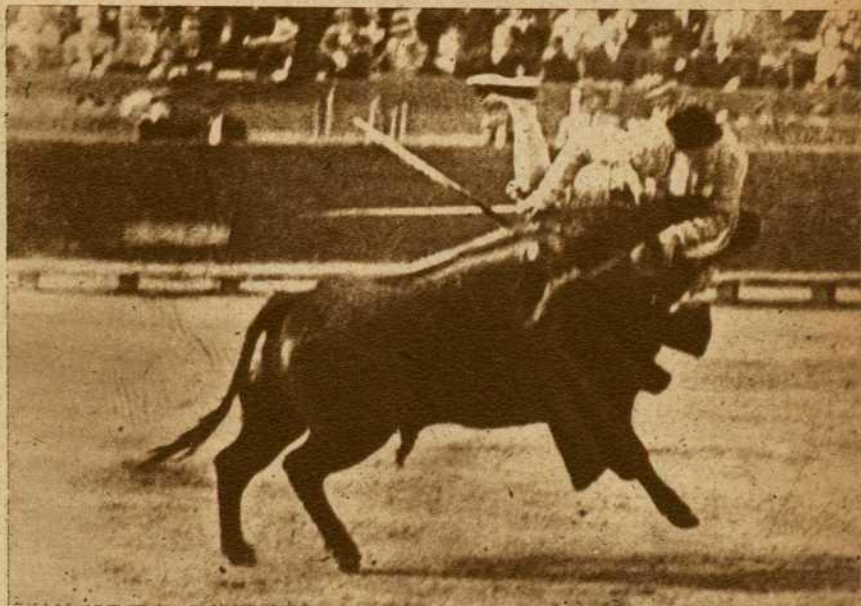


Manolete, que resultó cogido por su segundo en la tercera de feria, se retira a la enfermería

El diestro valenciano, después de su cogida, es trasladado a la enfermería



Un ayudado por alto de Antonio Bienvenida, en la tercera de feria



Momento en que Manolete, al intentar el descabello, es volteado por su segundo toro



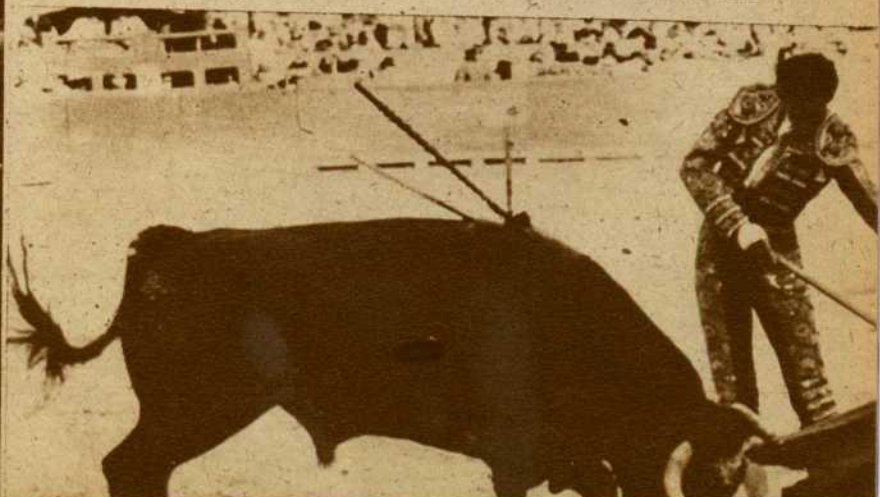
Antonio Bienvenida es conducido a la enfermería después de la aparatosa cogida que sufrió en la tercera corrida

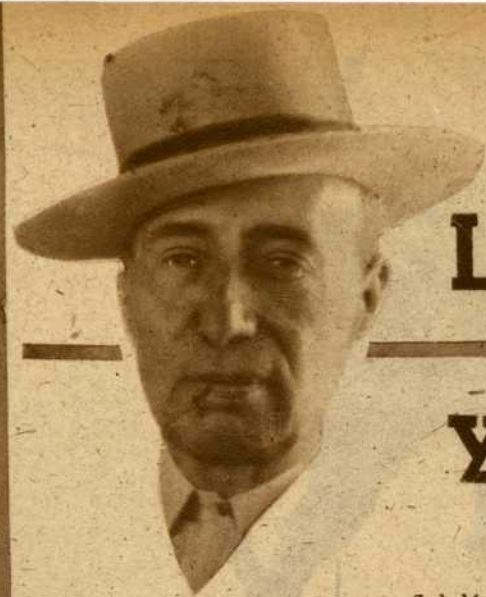
(Fotos Vidal.)



Una ceñida manoletina del Andaluz

Un natural con la izquierda de Manolete a su segundo toro, en la tercera de feria





# Los cuarenta y cinco años de vida torera de Rafael el Gallo

## Las pitas se las lleva el viento y las cornadas se las lleva uno

VII

Se había referido el Gallo, durante nuestra sobremesa en la finca de Pino Montano, mientras el café se tomaba junto a unos rosales, a la evolución del público, a la evolución del toro y a la evolución del torero. Eran tres temas por demás interesantes para que yo no sintiera la tentación de escuchar sobre las tres cuestiones la opinión amplia y autorizada de Rafael. Y antes de que la conversación se me perdiera en el laberinto de amenidades y anécdotas, curiosidades y recuerdos, en los que tan pródigo es el palique con nuestro protagonista, quise fijar, dentro de la falta de fiereza y de cronología de estos reportajes, estos tres capítulos: el público, el toro y el torero. Así, por este orden, porque así se fueron poniendo sobre el tapete de la discusión.

El que el Gallo hablara del público me resultaba extraordinariamente atractivo. Si siempre es interesante saber cómo el juzgado juzga a sus juzgados, cómo ve el artista a los que le ven a él, en este caso particular me lo parecía aún más, porque nadie ha realizado con el espectador las experiencias tan atrevidas, nadie le ha sometido a signos tan contrarios como Rafael Gómez Ortega, el torero que ha causado las mayores indignaciones y los mayores entusiasmos. El que se ha hecho sacar a hombros de unos espectadores que la misma tarde le habían gritado enfurecidos, el que levantaba a las gentes unas veces para increparle, otras veces para aclamarle. Lo que él dice: —El caso es que se ponían en pie.

Es lo que respondió cuando yo, poco más o menos, le hice a él las mismas frases que ahora les acabo de colocar a ustedes. Y, en el fondo, sus palabras encierran una filosofía y un profundo conocimiento de las multitudes. La obligación del artista es hacerlas vibrar, provocar lo que puede denominarse la sacudida contemplativa. Esto lo conseguía el Gallo. Unas veces para bien y otras veces para lo otro. Pero... el caso es que se ponían en pie.

—¿Qué es el público?

—Una cosa muy difícil de entender. Un problema psicológico que no sé yo si resolvería Ortega y Gasset, que tiene una cabeza así de grande para estas cosas. Pero, ¿es que sabe nadie lo que es el público, y sobre todo, el público de toros? Yo creo que el público es una cosa así como la temperatura. Algo muy variable, como esos barómetros en los que hay un fraile que indica esos y a lo mejor está lloviendo a mares. Lo que un día aplauden, al otro lo silban. Lo que en un torero hace gracia, en otro causa todo lo contrario. Le tocan a uno los pitos en el pecho en recuerdo a una tarde anterior que más valiera no recordarla, y si hay suerte, se hacen dos gracias y se pasa en un instante de la bronca a la ovación. Eso es lo bueno y... eso es lo malo.

—Le entiendo... y no le entiendo.

—Es lo bueno pasar de los pitos a las palmas metiéndose al público en el bolsillo con dos verónicas y media. Y es lo malo el caso contrario, pasar de las palmas a los pitos por no dar esas dos verónicas y media. Uno habla por experiencia.

—Pero usted, que sabe tanto de toros y sabe tanto de públicos...

—Déjese de cuentos. En el ruedo, el que más sabe a veces es el toro. Y si el toro sabe que me va a coger en cuanto yo me abra de capa, y yo lo sé también, ¿creo usted que es prudente desplegar la percalina? El público, desde sus localidades, no puede apreciar el diálogo del torero con el toro, no puede comprender que si no se abre uno de capa no es por falta de ganas, sino porque se lo ve venir. Y entre una pita que se la lleva el viento y una cornada que no se la lleva más que uno, a ver qué es lo que se escoge. La bronca

para la herida queda. Y es una lástima que por dejarse coger, por aquello del pundonor, se pierda uno la oreja.

—¿Qué oreja?

—La que se puede cortar en ese mismo toro. Eso me ha ocurrido a mí. Me han chillado en el tercio de quites porque no he hecho nada, y luego, en la muleta, me han dado la ovación, la oreja, la vuelta al ruedo y todo lo que hay que dar.

—¿Y el caso inverso?

—También, también se ha dado el caso inverso. Yo lo he probado todo.

—Bien. Vamos a las comparaciones. O sea a los públicos de ayer y de hoy.

—Como saber de toros, yo creo que el de ayer sabía más. El aficionado era más reducido, más escogido. Los nombres de las ganaderías eran buscados en el cartel. Hoy, el noventa y cinco por ciento de los espectadores va a los toros sin saber a qué divisa pertenecen. En cambio, se fijan más en los toreros, en la posturita, en el parón. Se aprecia el toro y se olvida la lidia. Antes se apreciaba la lidia, el darle a cada toro lo que había que darle.

—¿Y usted lo ve bien o lo ve mal?

—Yo no lo veo ni mal ni bien. Lo veo lógico. El tiempo pasa, la vida cambia y los gustos varían.

—Pero, ¿qué toro era el mejor? ¿El de Guerrita o el de Manolete?

—Todos. El toro bueno es el que gusta siempre, porque el arte no tiene época. Ayer se toraba más y hoy se tora más. Si el Guerrita naciera ahora, toraría más. Y si Manolete hubiera nacido entonces, toraría más. Lo que pasa es que el toro evoluciona como todo y se adapta a los nuevos gustos. Pero ya hablaremos de los toreros y de los toros. Ahora estamos todavía en el público. En este público de ahora, que es jamón serrano.

—¿De bueno que es?

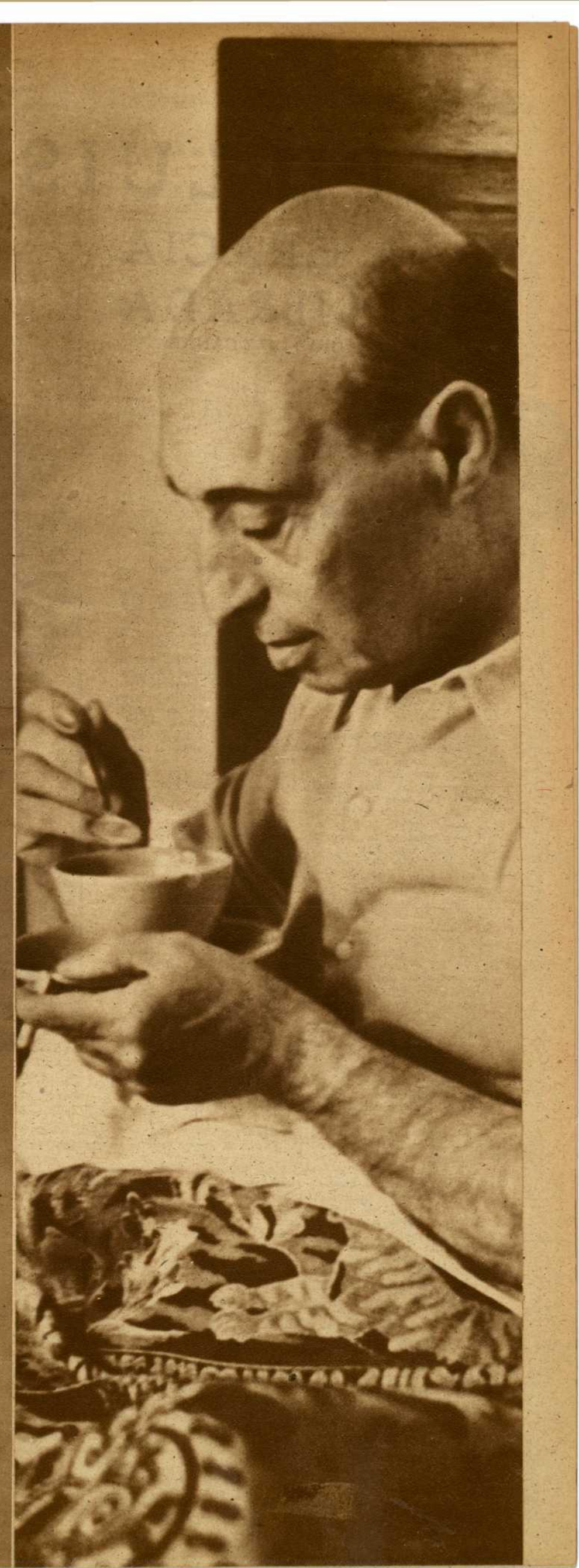
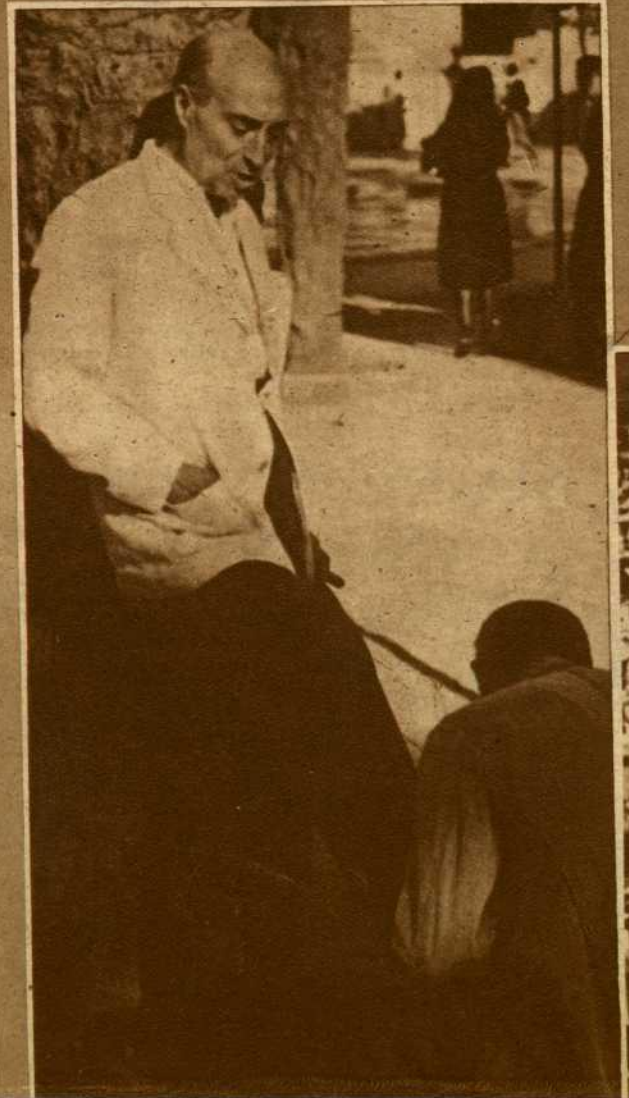
—Comparado con los antiguos, sí, señor. Es un público perfeccionado. Se han suprimido los botellazos y las pedradas. Señor, si hasta las almohadillas, que era una cosa casi inocente, han dejado de tirarse al ruedo! No se puede quitar, naturalmente, dentro de esta urbanidad o de esta civilización del espectador, la pasión, porque eso sería tanto como matar la fiesta.

—¿Caramba! Me está usted haciendo imaginar al espectador de antaño como una fiera.

—En realidad, el de antaño y el de hoy cuando va a la plaza va pensando en la faena, y si no la ve, arma el escándalo. La diferencia está en que un escándalo de 1944 comparado con uno de principio de siglo es algo así como comparar un tigre con un gato. Que me perdonen pero los espectadores de 1900 eran... ¡de abrigo! Para que se dé una idea, le diré que yo vi en Madrid un toro que se esportilló un pintón al salir. Esto es un accidente en el transcurso de la lidia, que no es causa de devoción al corral. Bueno, pues la que armarían los morenos que no quedó ni una almohadilla en los tendidos. Ni una gasaca. Nosotros, refugiados en el callejón, aportamos el temporal. Y el toro, contra todos los reglamentos, se fué para dentro. Y era un señor toro. Un señor toro de... aquellos. ¡Si lo sueltan hoy...!

—Una cosa muy compleja el público...

—Y lo más chocante es que son las mismas personas que en el teatro no se atreven ni a patear. A pesar de que hay obras que lo justifican todo, hasta el encorralamiento del autor por atentado al buen gusto. Pues nada. Ha de ser en los toros. Y es natural. El mismo espectador es distinto en un sitio y en otro. A la plaza va respirando un clima especial, excitado y nervioso. Cada señor lleva su cosa dentro. Sus ganas de aplaudir a su torero y apabullar a su vecino de localidad, que es del otro torero. Antes de que empiece la corrida ha elaborado todo un proceso mental lleno de anticipaciones y de inquietudes. ¿Se arrimará? ¿No se arrimará? ¿Le saldrá el toro? ¿No le saldrá? Y el precio de las localidades. Y el señor que ese al lado y no es simpático. Cuando va a salir el primer toro, está loco. Sepa usted esto y haga el pasillo. —RAFAEL MARTINEZ GANDIA



# PEPE LUIS VAZQUEZ

## O LA GRACIA EQUILIBRADA

Por ANTONIO DIAZ CAÑABATE



POR el mes de octubre, de 1939 vimos anunciada en las valles madrileñas una corrida de novillos en Guadalajara. Un mano a mano de Pepe Luis Vázquez y Paquito Casado. Ni José María Cosío ni yo habíamos visto a Pepe Luis Vázquez. Su fama si llegó hasta nosotros y resolvimos ir a verla a Guadalajara. Nos llevó en su coche Claudio Popelín, gran amigo de España y de la fiesta de toros. Lle-

gamos unas horas antes de empezar la corrida. Popelín conocía personalmente a los dos novilleros. Y fuimos a saludarles al hotel, ese hotel de Guadalajara que si titula o se titulaba nada más que Palace Hotel. Allí, en una de sus ha-

bitaciones, se estaba vistiendo de torero Pepe Luis Vázquez. Un adolescente rubito y barbilampino, muy modoso y apocado, de pocas palabras y escasas sonrisas. Se estaba vistiendo como un hombre: la taleguilla de seda y oro. Apenas cruzamos con él unas cuantas palabras. Al salir del cuarto José María Cosío me dijo:

—Este muchachito tiene que ser un gran torero; me alegro haber venido.

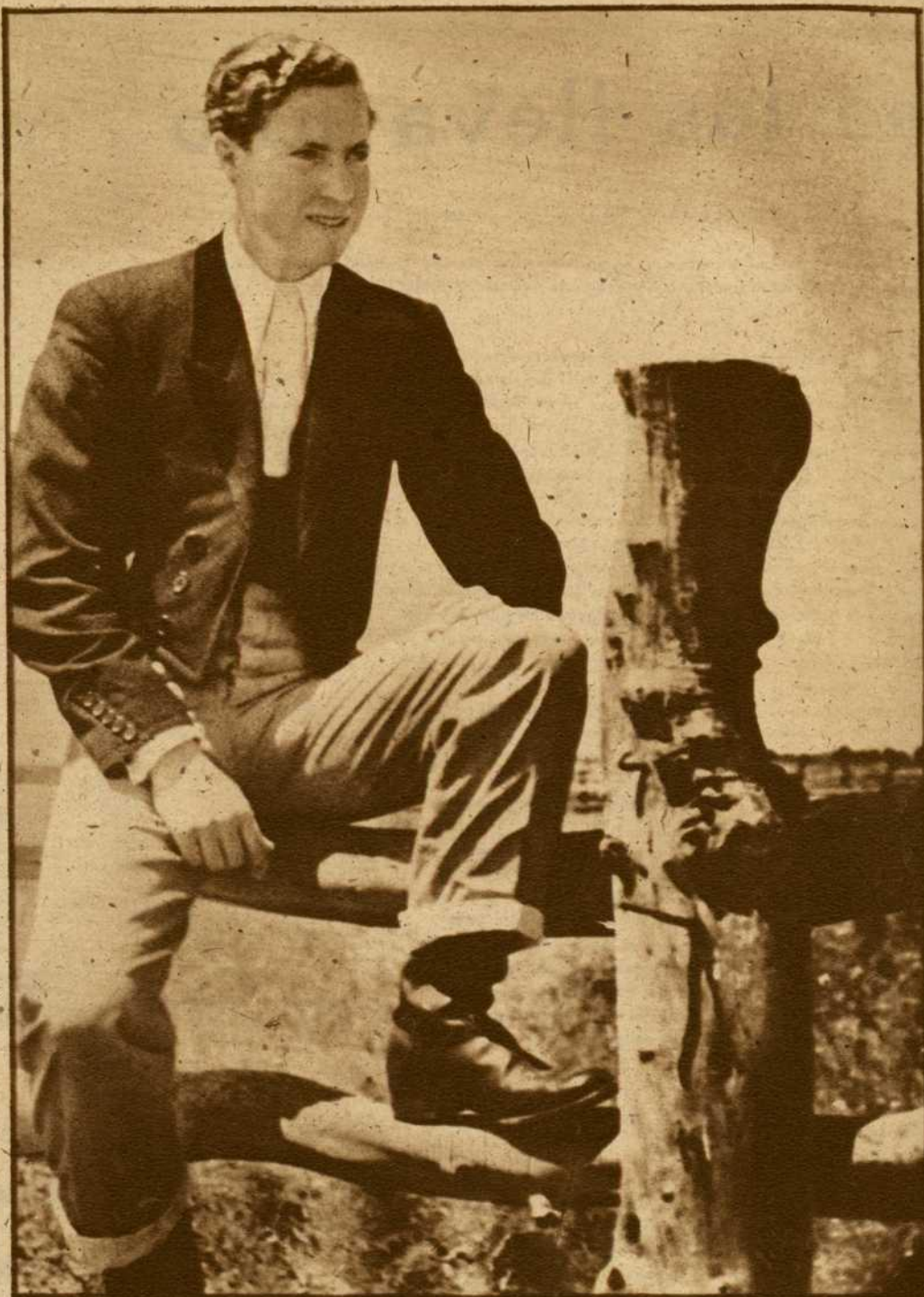
Y nos fuimos a la plaza. Estaba el tiempo revuelto y lluvioso. Nada más salir el primer novillo entrampilló a Pepe Luis y le mandó a la enfermería con un puntazo en un muslo. Le trajeron a Madrid al Sanatorio de Toreros. Y allí le visitamos varias tardes Cosío y yo. El Niño de la Palma se curaba de una cornada que le dió un becerro en un festival en Toledo. Pepe Luis, tumbado en una mercediana, le hacía tertulia. Cosío y el Niño de la Palma, viejos amigos hablaban de toros. Pepe Luis les oía en silencio, pero con una atención reconcentrada, como el alumno, buen estudiante, deseoso de saber, al profesor que desarrolla su lección. De vez en cuando pedía una aclaración.

Pepe Luis Vázquez, muchachito del sevillano barrio de San Bernardo, bu na solera de toreros, nació con el don, merced de Dios, de la gracia torera. Gracia torera que han poseído algunos diestros que no pasaron de meteoros fugaces. La gracia ante el toro deslumbra, prende en el graderío de entusiasmos, ofusca con su chispeo alegre; pero si el don de la gracia, tan precioso, no va acompañado de otros dones, la chispa negra no puede mantener la luz que deslumbra y la gracia se pierde avutada por el huracán de la dura lucha frente al toro. La gracia, para que resalte y perdure, tiene que ir ensambada con el conocimiento de la lidia y de las reses, con los toda su fascinadora maravilla. Equilibrar la gracia con la técnica. He aquí toda su fascinadora maravilla. Equilibrar la gracia con la técnica. He aquí el secreto.

Y este es el secreto de Pepe Luis Vázquez. Contados lidiadores lo han poseído. La menuda y anfiada figura de este torero, opinan muchos que es lo que predispone a los espectadores en su favor.

Los detractores de Pepe Luis Vázquez alegan, para razonar sus anatemas, en que torrea a toro arrancado. ¡Pobre gente que tiene ojos y no ve! ¡A mí qué me importa que el toro provocando de lejos la arrancada del toro sea más fácil y menos peligroso que obligar de cerca a la embestida; a mí qué, si el torero que busca la arrancada me dolma los ojos de gracia, si percibo su línea afiosa, llena de lo indefinible, que es la gracia! No concito en arte—ni en nata—los exclusivismos. ¡Señor! Si un torero tora bien a toro arrancado y otro obligando al toro, ¿por qué rasgarle las vestiduras y sentenciar sin apelación que lo uno es nada y lo otro todo?

El aficionado a toros que se otorga a sí mismo el título de competente habla de la fiesta como pudiera hablar de Trigonometría, que creo que es una ciencia exacta. Y no tolera que ni torero ni contradictor se salga de las reglas que según él componen el arte de torrear. ¡Aviados estaríamos si esto fuera así! Las corridas de toros, entonces, serían tan aburridas como eso, como una clase de Trigonometría. En más pobres escritos y en más doloznas, esas conversaciones taurinas no me canso de repetir que la enorme equivocación olvidarse de que la fiesta de toros es un juego. Que lo apasionante de las corridas es ver a un hombre jugar con un toro para que otros hombres se diviertan al mismo tiempo que él. Porque desgraciado del torero que no se divierte torreando; no pasará nunca de ser un jornalero que cumple una función para ganarse la vida. Y los jornaleros son muy respetables, pero no admirables. A mí lo que me encanta de Pepe Luis Vázquez es esa sensación de alegría que nos da torreando, alegría comunicativa que rebriña en los tendidos y florece en sonrisas; alegría que a veces deriva en grito de angustia, porque también, este chaval jacarandoso se arrima a los toros y se los pasa



Una artística fotografía de Pepe Luis Vázquez, en el campo

muy cerca, pero la angustia se esfuma rápida, porque la gracia envuelve a la emoción, soterrándola en lo hondo del corazón y transforma en estallido gozoso al contemplar cómo se puede burlar un peligro con el pajolero es guinca de un brazo que tremona una muleta y una espada como si fueran chirimboles de un juego que nunca puede caer en tragedia.

Ellos aficionados intransigentes fruncen el ceño al oír esto y exclaman airados:

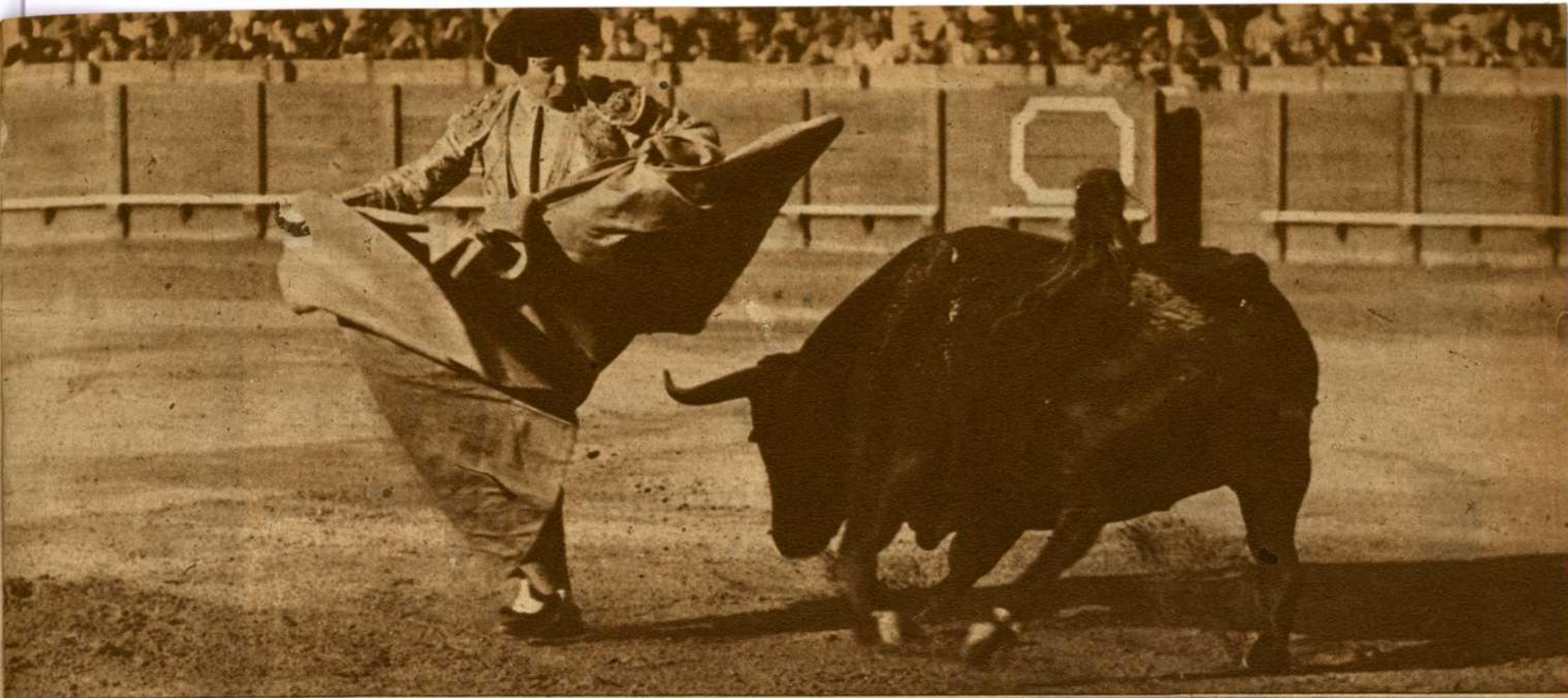
—Pero si le quita usted a los toros la emoción, ¿qué queda?

—Pues queda la gracia, ¿se entera usted?, la gracia, que es una sensación equivalente, pero mucho más placentera y sabrosa; la gracia, que es don divino tan encantado y sutil como cosquillas prodigadas por la mano de la mujer amada; queda la gracia que es revuelo de palomas en el cielo azul.

—Si se pone usted cursi, vamos a dejarlo.

—Déjemoslo, pero que conste que si todos los toreros nos tuvieran en un ¡ay! constante no podrían ir a los toros más que espíritus fuertes como el suyo. Insisto en que la gracia jamás está ayuna de emoción, sino al contrario, es tan prodigiosa que lo que hace es desdificarnosla, atenuarla para que en lugar de sufrir, gocemos; para que en lugar de que nos tache, y con justicia, de crueles, tengamos la disculpa de que nuestra diversión sea para el que nos divierte sólo el azar de un juego, que el torero domina con la magia de su gracia.

Pepe Luis Vázquez lleva cerca de mes y medio embutido en un aparato ortopédico necesario para la curación de la lesión que le propinó un toro en la corrida del Montepío de la Policía. Aparato ortopédico que ahuyentó de su figura la gracia y el garbo. Estos días Pepe Luis Vázquez semeja un torador disforme, con unas espaldas demasiado anchas para su talla y, unos hombros pesadotes, tan diferentes de los suyos habituales. Cuando estas líneas sean leídas ya estará libre del tormento. Pepe Luis Vázquez se dispone a reanudar su temporada. Yo le deseo toda la suerte que merece su gracia equilibrada, su gracia injerta en los básicos conocimientos de todos los recursos de la lidia, que es lo que la equilibra y le da firmeza, consistencia y perdurabilidad.



# DE LA GRACIA EN EL ARTE

Por MARIANO TOMAS



En las fotos: Tres momentos toreros de Chicuelo

El torero es arte que se ajusta a reglas; y no es artesanía, sino arte bella, pues nos conmueve en algunas ocasiones y nos arretata. Sino que los griegos, creadores de los mitos olímpicos, no llegaron a tiempo de ofrecerse el regalo de este espectáculo, y no imaginaron la ficción que le hubiera correspondido dándole musa y dios. Aquellos severos individuos, apolillados ya en un desván o desaparecidos para siempre, nos hubieran dicho que las cinco bellas artes son deleite de todos y el torero es sólo placer de un sector no muy extenso ni muy docto; yo les hubiera contestado que también la música suena en muchas ocasiones a fastidio y que somos bastantes a los que no nos conmueve ni nos deleita casi nada de la pintura moderna y nada de la arquitectura de hoy. Entre un lienzo de alguno de estos a quienes llaman maestros de nuestra pintura contemporánea y el último quite de un torerillo menudo en la Plaza de Madrid, nos parece más grato de luz y más armonioso de color y forma esto

y ese es el efecto que me produce escuchar el *allegretto de la Séptima* o contemplar la Gioconda, de Leonardo.

Para aquellos graves y ya olvidados personajes, resultarían descordados el tono y el tema de mis palabras; hoy ya no nos importa su opinión porque hemos convenido, por ser evidente, que en la bella arte del torero existe lo genial y existe lo gracioso. No afirmo que sea en la medida de los ejemplos citados, pero sí aseguro y repito que hoy se da en mayor escala que en otras artes todavía llamadas bellas. La gracia en el torero es una de las cuatro columnas en que se asienta este arte y la de más difícil labor y más primorosa cinceladura; el genio es don que se da con menos frecuencia, y como es fugaz, está más veces en la memoria que en la presencia; el valor es don más repetido, y la maestría, si en un principio también se puede considerar como don, luego es sólo constancia.

Pero, además, la gracia es depuración de estilo, y el refinamiento en un arte aparece únicamente en la madurez del mismo. La primera calidad que se nos ofrece en todo arte es la más tosca: la energía de trazos; en la literatura, es una tragedia griega; en la pintura, es una tabla gótica; en el torero, es el valor seco y en cualidad única. La maestría llega después del balbuceo; el genio no tiene tiempo señalado, pero la gracia sí, y es quintaesencia pasada por el alambique de los años. Por la referencia de la literatura taurina conocemos que la maestría comienza con Paquiro; pero la gracia y el genio únicamente asoman a los ruedos en nuestros días. El primer torero genial es Juan Belmonte; el primero que puso gracia y sutileza en las suertes fue Gaona. De Lagartijo y Guerra, a quienes no hemos conocido, tenemos la convicción de que sólo fueron maestros; pero José fue el maestro clásico que superó a todos porque reunió las enseñanzas anteriores y las acomodó a su tiempo.

Han desfilado ante nuestro entusiasmo o ante nuestro fastidio diferentes barajas taurinas. Si hoy quisiéramos investir con la jerarquía de ases a los cuatro que representan los cuatro matices diversos, nos encontraríamos con que nos faltaba una figura y teníamos abundancia de otra; sólo en dos aspectos, la gracia y la maestría, hallamos las figuras no discutidas y los puestos no disputados; pero nos falta el genio, y como el valor es base de todo el edificio, está tan repartido, que más habría de ser sorteo que elección. A mi juicio, se le llama equivocadamente genio al que es hoy maestro de didáctica diferente a sus predecesores; en todo arte se renuevan las escuelas y se depuran las formas, y el de ahora enseña el torero como él lo entiende, y su lección no es repetida de lo que pudiéramos llamar clasicismo. Esta figura que viene rompiendo moldes tiene su nombre y su definición: romántico. Y acaso sea esto: que hemos llegado al romanticismo en el arte en que los Rafaeles y José fueron los clásicos.

Pero lo genial es esporádico y fugaz y lo gracioso no tiene antecedentes ni consecuencia. La gracia surge como una corriente alborotada y espumosa; los remansos majestuosos y serenos se parecen los unos a los otros, y si se diferencian, es por lo que se refleja en ellos. Pero en el arco de la cascada menuda donde se quiebra el sol, y en la corona de espumas, si no hay más armonía hay mayor diversidad y melodía más clara; y si no nos conmueve tanto como aquello, nos deleita más gratamente.

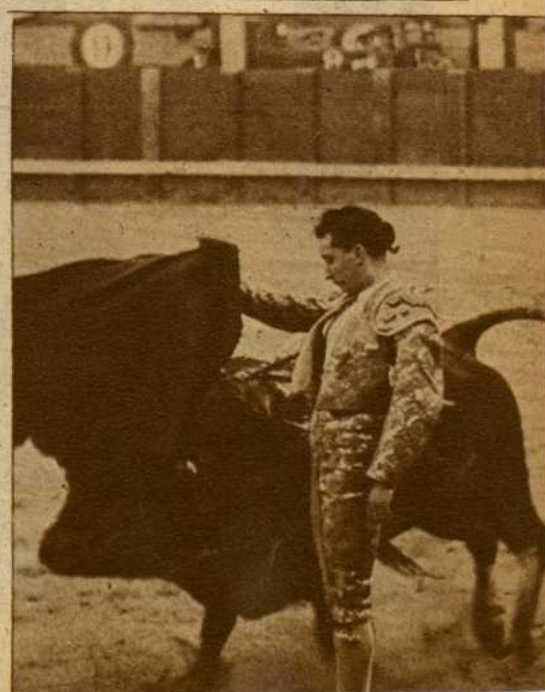
último, y el torero, infinitamente más artista que aquellos pintores.

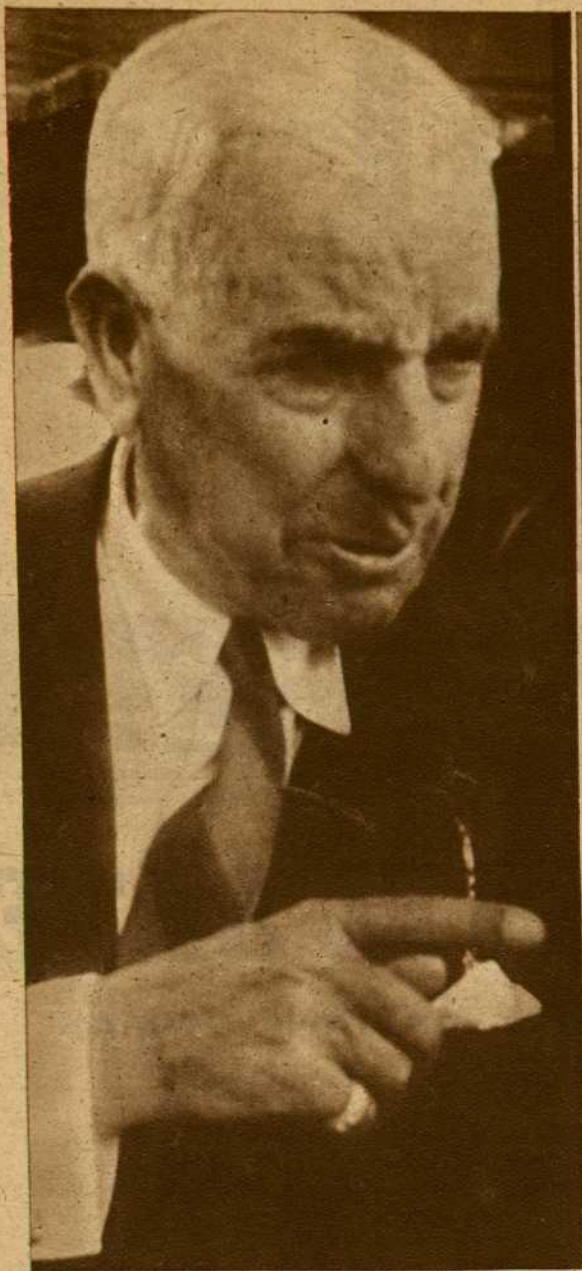
Es una realidad el torero como arte bella, y siendo así, puede tener y tiene las cualidades y matices de las otras: genio, ingenio y maestría. Sino que todavía es superior a sus cinco hermanas mayores y es rica de una cualidad más: el valor. En el artista puede dominar el cerebro, y es entonces el genio lo deslumbrador; el corazón. Y puede ser el ingenio, la gracia, la sutileza; el hábito y la teoría, y ser el maestro... Pero el valor personal, a pesar del tópico, no es cosa del corazón únicamente, sino de los cinco sentidos que componen el alma; del ánimo. Y es más justo, cuando ponderamos la temeridad de un hombre, decir que tiene mucho ánimo que asegurar que es persona de mucho corazón. Del corazón mana la gracia, la ternura, la delicadeza; y estas cualidades son, con bastante frecuencia, opuestas a lo temerario.

La gracia, como todo lo sutil, es de definición difícil. El diccionario balbucea al enumerar sus diferentes aspectos y significados, pero el diccionario balbucea siempre; es un señor que se esfuerza en un trabajo superior a sus medios y pretende enseñarnos a hablar correctamente siendo tartamudo.

El genio es el relámpago en las tinieblas; por eso, su obra, si es de intenso deslumbramiento, si es de honda huella en el espíritu, es de límites breves en el tiempo. Se habla de rasgos geniales, y el genio es eso: un rasgo o un desgarrón a cuyo través nos estremece la mirada de un dios. No existe la obra que sea extensa y genial a la vez; si hubiera nacido el hombre capaz de crearla, aún estaría por nacer el capaz de soportarla. Como modelo de obra genial nos señalaron nuestros tatarabuelos la *Divina Comedia*: ni verso de más ni palabra de menos; yo no tengo un criterio firme sobre ello, porque no he podido terminar su lectura en ninguno de mis repetidos intentos.

La gracia, por el contrario, puede ser permanente; se dice en estado de gracia, en constancia de gracia. Es un don del Cielo, humanizado; un milagro que es contraste de luces y sombras, porque la gracia es matiz y no derrumbamiento. No nos estremece violentamente como el rasgo genial, sino que nos llena de luz los ojos, de grata sonoridad los oídos, de perfumes el olfato... Y hasta parece que nos acarician sedas y se nos queda en los labios regusto de néctar; la gracia es esto: deleite de los cinco sentidos y goce del alma... Pero acaso no sea esto la gracia, y yo también tartamudeo como el diccionario; de lo único que estoy seguro es de que la siento así,





Dos características expresiones de don José García, el que fué gran matador de toros, el Algabeño

(Fotos Zarco)

# Horas en Madrid del señor José García, el Algabeño

**"No sé cuál de mis cuatro hijos es mejor y a cuál quiero más"**

**En su despedida de novillero, mató seis toros de seis estocadas y un pinchazo**



No conocía al señor José García y cuando pregunté dónde podría encontrarle, me dijeron:

—Vete a Bellas Artes y allí estará con Raimundo Blanco.

—¿Y cómo sé quién es Raimundo Blanco?

—Tú me has dicho que has estado en Sevilla, y si esto es verdad, tienes que conocer a Raimundo.

—Te aseguro que no lo conozco.

—Entonces es que no has estado en Sevilla.

—Yo juraría que sí.

—No te creo.

Y como no llevaba trazas de convencer a mi amigo, me fui al Círculo de Bellas Artes confiado en mi buena suerte. En la terraza del Círculo vi a Vicente Pastor de charla con unos caballeros. Nunca he dudado en pedir un favor a don Vicente. Este don Vicente Pastor, que tiene tantos amigos como conocidos, es uno de los madrileños que con mayor frecuencia ha soportado las preguntas de los periodistas. Sin duda por esto, cuando le he dicho que pretendía ver a don José García, Pastor ha sonreído y ha dicho: «Ahora mismo se lo presento. Y hágale hablar, que tiene una buena entrevista».

A unos metros está el señor José García, el Algabeño. Es un caballero andaluz fuerte, de adelantada estatura, rostro tostado, ademanes suaves y gesto reposado y rotundo. Me estrecha la mano, me invita a que me siente a su lado y cuando me dispongo a comenzar la entrevista, don José García me indica con un ademán a un señor menudo y vivaracho que se pone en pie. Va a presentármelo y le interrumpo:

—A este señor lo conozco de Sevilla.

—Es don Raimundo Blanco.

Quiero saber la edad del Algabeño y, discretamente, hago la pregunta a Raimundo. Luego, como quien quiere hacerse agradable, digo en voz alta:

—Le encuentro a usted muy bien a pesar de sus setenta años.

—¿Setenta años? ¿Quién le ha dicho ese embuste? ¿De dónde ha salido ese infundio? ¿Qué granuja se ha querido meter conmigo?

—Perdone usted; pero...

—Eso es una mentira, un infundio, un embuste, una granujería.

—Sí, señor, sí. Quedamos en que usted no tiene setenta años.

—No, señor. Me falta mes y medio para cumplirlos. Reímos todos la salida del antiguo lidiador y sigue éste en tono cordial:

Me cuenta el Algabeño que vive en Sevilla dedicado a cuidar de sus fincas rústicas.

—La verdad es—confiesa—que el negocio lo llevan mis hijos Alvaro y Pedro Luis; pero yo me ocupo de esto y no es menor verdad que no estorbo. Tengo dos hijos más: Paco, que es delegado de Trabajo en Burgos, y Antonio, el más pequeño, que es abogado. La mayor y mejor

fortuna que me ha dado Dios ha sido la de concederme esos hijos. No sé cuál de los cuatro es mejor, ni a cuál quiero más. Me fui a pasar la feria de Burgos con Paco y de allí nos marchamos los dos a Pamplona a ver las corridas de feria.

Quiero saber la opinión del señor José García sobre el toreo actual y el Algabeño me dice que ahora hay muchas corridas de toros que le interesan por el cartel de toreros; que sigue teniendo afición; pero que no siente el entusiasmo que en su época de matador sentía.

El que de mozo fué Pepe el de La Algaba empezó su aprendizaje en el campo y en las capeas. El año 1894 se presentó en Sevilla como matador y fué novillero sólo ocho meses. El día que se despidió en Sevilla como novillero mató seis toros de Torres Cortina que salieron a 420 kilos. Con seis estocadas y un pinchazo despachó la corrida. En Madrid le dió la alternativa el señor Fernando, el Gallo, y alternó con ellos Emilio Bomba en la lidia de seis toros de Veragua. Cuando se retiró, en 1912, había matado 1.800 toros.

No sé si se me ocurrió a mí o me lo apuntó Raimundo Blanco; lo cierto es que le pregunté si había matado muchos toros de Miura, y él me respondió que sí; que hubo temporada durante la cual mató treinta y seistores de la famosa y temida vacada. Y ya encaminada la conversación por este tema del toro, el señor José García nos dice:

—Los toros que se lidiaban entonces tenían todos los cinco años cumplidos; eran duros, tenían sentido y, naturalmente, no se hubiera podido hacer con ellos lo que se hace ahora. Yo no sé si aquello era mejor que esto de ahora; pero sí sé que era muy distinto. Se lidiaba, y la lidia era, fundamentalmente, preparar al toro para matarlo bien.

—¡Matar bien! ¿Cómo se mata bien un toro?

—Ese secreto de matar bien los toros es un don que Dios concede. Yo mataba lo mejor que podía y, aparte mis condiciones, ponía de mi parte cuanto podía. Sin duda, hay una técnica para matar toros; pero hace falta, además, ese don de que le hablo.

Mazzantini era un matador depurado y clásico; Emilio Bomba practicó la suerte a la perfección; Guerrita, Machaquito y Reverte lo hacían muy bien. Dicen que yo





El señor José García, el Algabeño, visto en Madrid con Raimundo Blanco, el excelente y popular aficionado sevillano, y en charla con nuestro camarada Barico

## ¿QUIEN HA DICHO QUE TENGO SETENTA AÑOS? ¡Aquél toro que mató Fuentes Bejarano en Sevilla!



sabía matar. Ese gran torero madrileño que en tiempos fué El chico de la blusa, lo hacía muy bien. Y no hace muchos años vi matar al compadre de Raimundo Blanco...

—¿Quién es el compadre de Raimundo?

—Pero, ¿usted no lo sabe? Es Luis Fuentes Bejarano. Pues le vi matar un toro de Miura, en Sevilla, como mandan los cánones. Fué en una corrida benéfica. Presidíamos Emilio Bomba, Machaquito y yo, tres ex toreros que sabemos lo que es matar bien, y cómo sería la cosa, que nos levantamos los tres flameando los pañuelos para pedir la oreja. Cuando nos hicieron ver que nosotros, en vez de pedirla, la teníamos que dar, nos quedamos suspensos porque, naturalmente, los toros no tienen más que dos orejas y cada uno queríamos darle una, por lo menos, de nuestra parte. ¡Qué estocada la de Fuentes Bejarano!

He oído hablar muy a menudo de los matadores que no toreaban o toreaban poco y el Algabeño me aclaraba dudas.

—Mire usted, señor. Como le dije antes, lo más importante era matar bien; pero para lograrlo había que torear antes y torear bien. El público de entonces apreciaba más una buena estocada que una faena buena. En el primer tercio todo se supeditaba a que se picase bien y había que renunciar al adorno en los quites cuando tal adorno podía redundar en perjuicio de la suerte de varas. Por otra parte, los desplantes con toros que fueran blandos o de poco poder no nos eran permitidos y se nos pedía que los hiciéramos con toros de poder. La fiesta ha cambiado mucho y el público no se parece al de entonces.

Un hombre que ha matado 1.800 toros y no ha recibido más que un aviso, en el ruedo de Alicante, puede presumir de haber sido un gran matador de toros; pero el señor José García asegura que había muchos matadores de toros mejores que él. Raimundo Blanco observa que el Algabeño está muy a gusto rememorando sus buenos tiempos y lanza la pregunta:

—¿No te dieron también un aviso en Madrid?

—Pues mira. La verdad es que no podría asegurar ahora si me lo dieron o no. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque estás presumiendo mucho.

—¿Yo? ¿De qué? Ahí tengo el ejemplo para no hacerlo; en Vicente Pastor. ¿Es persona cabal Vicente? Bien, pues si esto pudiera ser, yo diría que había sido mejor torero que persona. Y siendo lo que ha sido, ahí está, todo modestia y bondad. Yo no presumo, Raimundo.

El interpelado suelta la risa. Sabe de sobra que el Algabeño no ha tenido nunca el defecto de que al parecer le acusa; pero le divierte el enfado de su amigo que, para vengarse, le dice:

—Lo que le pasa a Raimundo es que está rabian-do porque su hijo le ha salido futbolista. A él, que tiene la primera barrera de la plaza de Sevilla, Dios le ha dado un jugador de fútbol.

—Pero un as—responde Raimundo—. Un as que es un fenómeno. Que no se te olvide, Pepe.

—Un as de fútbol.

Tenemos aun que hacer algunas preguntas al señor José García y procuramos llevar la conversación a otro terreno. Queremos saber qué cantidad máxima por corrida cobró el Algabeño y si sufrió muchas cornadas graves. Raimundo Blanco viene en mi ayuda. Hace un gesto pícaro y corta la discusión. El ex torero responde a mis preguntas:

—Verá usted. En corridas corrientes, o sea matando dos toros, llegué a cobrar en abonos enteros 6.250 pesetas, que entonces era mucho dinero. En cuanto a cogidas graves, sufrí catorce. Una de ellas me interesó la tráquea y la lengua. Quedé durante algún tiempo mudo y, por consejo de los médicos, en las primeras corridas que toreé, tenía preparado, en el callejón, un balón de oxígeno que, afortunadamente, nunca me hizo falta. Las consecuencias de aquella cornada las sufro todavía. Algunas veces se me nota un poco torpe al hablar.

El ex torero de La Algaba ha de hacer unas visitas antes de regresar a su Sevilla. Raimundo Blanco le acompañará en Madrid y hará luego el viaje con él. Seguirá el impresor sevillano haciendo hablar al ex torero y éste asegurando que Raimundo no es feliz por que tiene un hijo futbolista.

BARICO

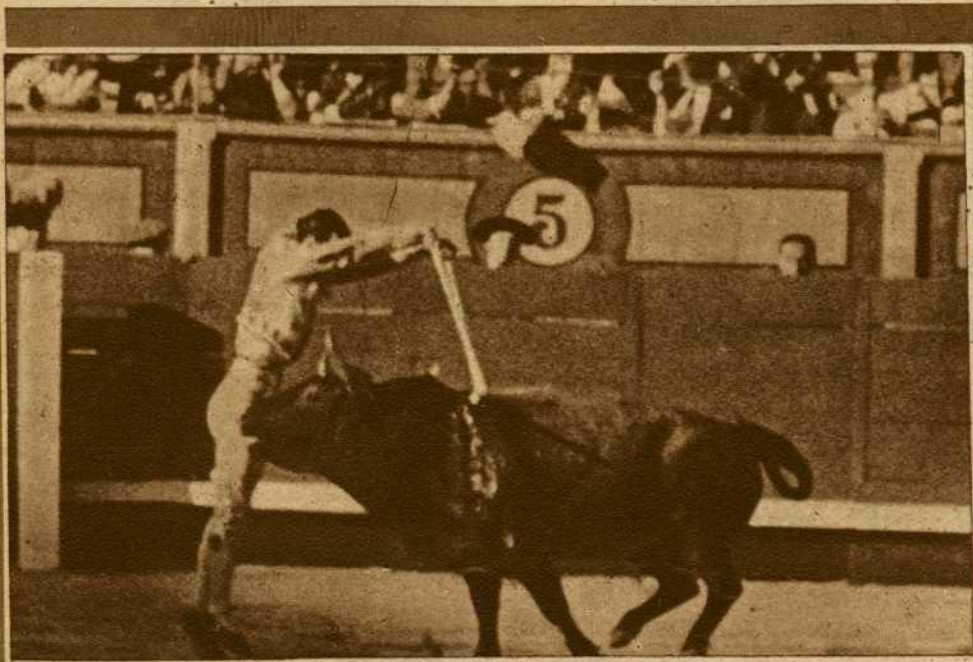


Nada menos que el Algabeño y Vicente Pastor, ¡¡dos matadores de toros!! Ahora les une la vieja amistad y el imborrable recuerdo

# TEMAS TAURINOS

## MAS "CUARTOS" del tercer cuarto

Por FELIPE SASSONE



En las fotos. El torero mejicano Carlos Arruza banderilleando de modo excepcional la tarde triunfal de su presentación en Madrid (Fotos Baldomero)



**C**UANDO en la corrida del martes el mejicano Carlos Arruza, que es un torero enterado y muy valiente, un matador fácil y un excelentísimo banderillero, pareó al toro cuarto corriendo en zigzag, un amigo aficionado, que estaba detrás de mí, en una fila más alta, me preguntó:

—¿Qué suerte es ésa, Sassone? ¿Es un cambio?

Hubiera querido, pero no pude entenerme por el afán de mirar la lidia, remitirlo a un artículo mío que en estas columnas precisamente había aparecido aquella misma mañana. Decía yo así, y perdón por la autocritica, en este caso indispensable: "Sólo cambia el banderillero su propio viaje

cuando corre hacia el toro y, por alarde de facultades, o por fjarlo mejor, va corriendo en zigzag, ya hacia la derecha, ya hacia la izquierda, o cuando, sin haberlo intentado de salida, porque el toro se le venga encima y le gane el terreno, cambie y mejore éste y clave, saliendo por el lado contrario".

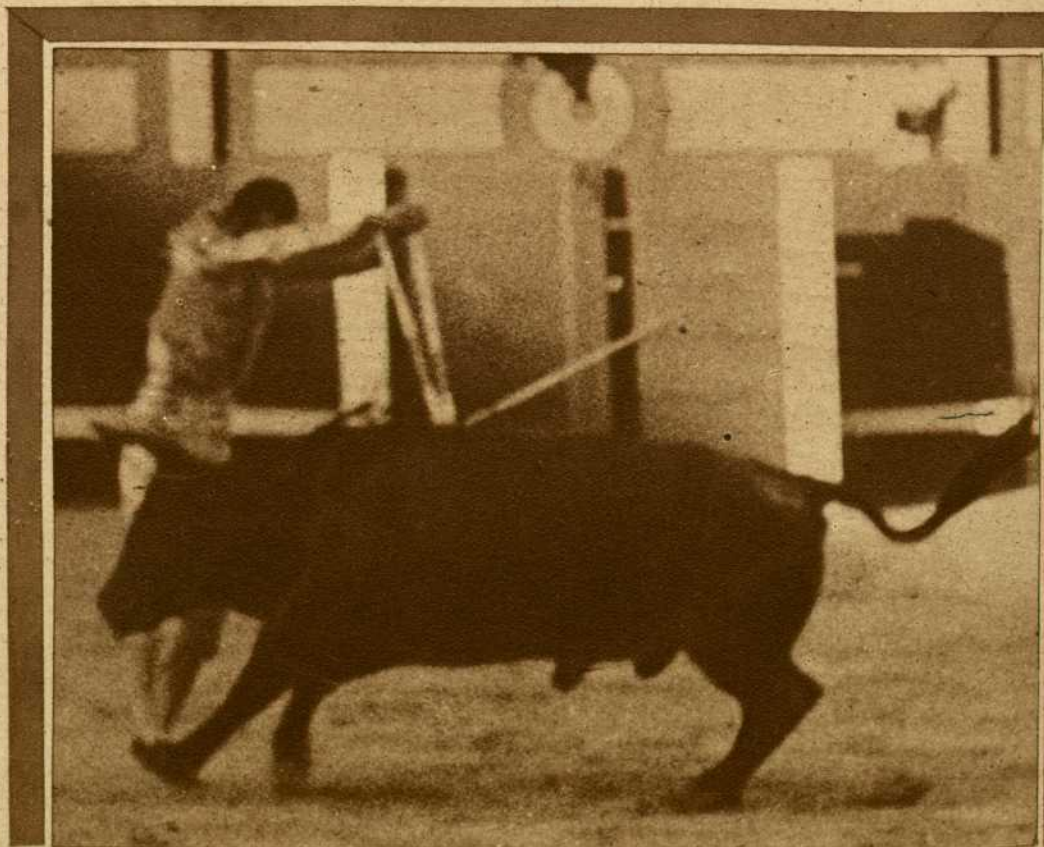
La forma en que banderilleó Arruza fué la primera de las descritas, y esa manera se llamó siempre *cambiándose de lado, cambiando el viaje o cambiando los terrenos*. Cambiándose de lado, cuando se cumplía, como lo hizo el mejicano, premeditadamente, por adornarse y fijar al toro en la "ondulación" del viaje, y cambiando los terrenos en el caso de hacerlo de improviso, por vencerse el toro de repente.

Hablaba también yo, y prometía explicarlo, del par con los *terrenos cambiados*. Veamos. Sabido es que, normalmente, en el toro sin querencia marcada, el terreno del cornúpeto es todo el que va desde donde está la res hacia fuera, los medios de la Plaza, y el del torero, el que va hacia adentro, hacia las tablas. Juan Belmonte, el grande, el revolucionario, empezó a torear de muleta tan cerca y embiéndolo al toro en el trazo de tal modo, que, por mandarle con absoluto dominio, abolió esta distinción de terrenos, en los toros sin querencia, y tomó siempre el que quiso. La innovación subsiste en el toreo moderno, en los toros sin querencia marcada, y de ello hablaré a su tiempo. Diré, por anticipar algo, que cuando se torea por pases naturales seguidos—no ligados, entendámonos, que el natural completo sólo puede ligarse con el de pecho—no cabe distinción alguna de terrenos, pues si el lidiador inició la faena en el tercio y en el terreno normal, en los pases impares tomará siem-

pre el de dentro y en los pares necesariamente el de fuera. Pero vuelvo a mis banderillas, que es lo que ahora importa: es lo normal que en el momento del cite en los pares corrientes, casi siempre al cuarteo o de frente—no en los pares al quiebro ni al sesgo—, el lidiador esté en el terreno del toro, esto es hacia fuera, y el toro en el del torero, y que después de la carrera, concluida la conjunción de la suerte, cada uno, toro y lidiador, tome el suyo. Pues bien; en el par que llamo con los *terrenos cambiados* ocurre exactamente al revés, porque el toro va de los medios a las tablas y el banderillero hace el viaje opuesto. Por consiguiente, lo de los terrenos cambiados se refiere al momento de la iniciación de la suerte. Claro es que, atendiendo al resultado, pudiera decirse con propiedad *cambiando los terrenos*; pero como esto ya se refiere al cambio de viaje del par descrito anteriormente, para evitar confusiones es mejor decir *con los terrenos cambiados* de la suerte en que están efectivamente cambiados los terrenos en el momento del cite. Me conviene aclarar que estoy hablando del par en que se sale de las tablas para tomar los medios, y no de ese otro por dentro, el torero al hilo de las tablas, que no es cambiar los terrenos ni cosa que lo valga, sino aprovechar la normalidad del toro, y guarecerse en los terrenos de dentro, suerte que, como a su tiempo demostraré, aunque se haga muy cerrada en tablas y cuarto más cerrada, si hay espacio para pasar, más cómoda para el lidiador, no tiene la dificultad ni, por consiguiente, el mérito que los malavizorados le atribuyen. De lo que se haga banderilleando al hilo de las tablas sólo tiene verdadero mérito el par al sesgo, que para ser llamado propiamente tal ha de ponerse pasando el banderillero por delante del toro hacia los terrenos de fuera. Digo todavía, aprovechando la coyuntura, que el par al sesgo es, sin duda alguna, lo más difícil del arte de banderillar. Pero antes de entrar en ello, que habrá de ser lo último, por ser lo supremo, habré de hablar de los pares

al cuarteo, de frente y de poder a poder, y de la importancia que tiene el cuadrar en el momento del embroque y no clavar los palos a cabeza pasada o de sobaquillo; y como todo ello pide un espacio y un tiempo de que no puedo disponer en un solo artículo, lo dejaré para otros, pues aún quedan muchos "cuartos" que gastar en este *tercer cuarto*.

El lector habrá de perdonarme, no me canso de pedírselo, la aridez y la poca gracia; pero en esto del toreo, como en muchas otras cosas, es más fácil cumplir que explicar. El valor aparte, sin valor no hay toreo; más fácil es torear que describir la suerte, y así hay toreros que intuitiva y empíricamente torear muy bien y no saben hablar de toros. De los aficionados, no digamos. Algunos, a lo largo de toda una corrida, no sacan más que el sabor del puro que se fuman. Mucho más fácil que describir una escalera de caracol es subir por ella, y mucho más fácil que narrar un crimen, cometerlo. Porque para narrarlo hace falta ser un buen escritor, y para cometerlo basta con ser un asesino.



# De TORQUITO I a don SERAFIN VIGIOLA



**E**l tipo de torero vanidoso que alardea de sus propias hazañas es de caricatura o de sainete. Si anduviera suelto por ahí algún presumido alardeando más de la cuenta de sus faenas, lo probable es que los

demás no le miraran con asombro, sino con guasa o desprecio.

Por el contrario, los que han tenido un prestigio en el cartel, los que conquistaron celebridad por su valor y adquirieron nombradía por el arte que desplegaban ante los toros, no gustan de vanagloriarse de ello. Esquivan la conversación por una modestia comprensible.

Torquito no es una excepción de la regla. Soslaya con cautela el recuerdo. En cambio, se anima al hablar de la época presente, en la que el arte de torear—afirma—ha llegado a descubrir insospechados horizontes. Esquiva Serafin hablar de sí mismo para comentar gozoso los méritos de los demás.

Cincuenta y cinco años dan derecho a tener formada una respetable manera de opinar. Torquito ha llegado a esa edad, y su experiencia de torero se extendió hasta 1929.

Le dió la alternativa el Papa Negro. Toreó con Bombita, Machaco, Cocherito, el Gallo, y mucho más con su hermano José, y siempre fué un diestro muy solicitado por las Empresas, y en todo momento requerido su asesoramiento.

Por segunda vez en breve espacio de tiempo fui en busca de Serafin Vigiola a la tertulia a la que también concurren taurófilos tan distinguidos como Marcial Lalanda, el ganadero don José Escobar, los hermanos Caro y Posadas, entre otros.

—Vamos a ver, Torquito, ¿qué gratas emociones conserva usted de su época de torero en activo?

—Pues de aquellas que el torero experimenta al haber conseguido una gran faena, luego con su secuela en el hotel, del halago de las felicitaciones de amigos y admiradores.

—Esta segunda parte, ¿no tiene un significado más de rito que de espontaneidad?

—Evidente, y no menos cierto que cuanto más alto se encuentra el torero, mejor distingue al verdadero amigo entre el corro de aduladores. Pero también a éstos conviene soportarles, por aquello de que mejor es «que estén con uno que no contra uno».

—Ya que usted se obstina en hablar en sentido genérico, dígame: ¿cuáles el peor momento del torero?

—Aquellos en los que por haber venido abajo el arte y el valor, no cuenta más tarde, en la soledad de su habitación, con otro adúlador que el mozo de espadas, con lo que se hacen más punzantes los recuerdos de las tardes apoteósicas.

Con cara inofensiva, me atrevo a insinuar:

—¿Tuvo usted muchas de esas tardes?

Torquito, rápido y sin inmutarse, replica:

—Sí, sobre todo en Barcelona, donde tuve fuertes alternativas, desde quedar muy bien hasta caer en todo lo contrario.

—Vamos ahora con otro tema. ¿Existe, a su juicio, algún paralelismo entre los mejores diestros de su tiempo y Manolete?

—Considero que Manuel Rodríguez es un torero superior a todos los que le antecedieron, aunque no por ello deje de admirar a otros muchos. Los públicos se cansan de todo, y Manolete les llegará a cansar a puro de repetir sus tardes de triunfo. Antes se dominaba a los toros con muletazos de cuello a cuello; ahora el cordobés los domina con pases lentos y largos, graduando la distancia de las arrancadas, como si su muleta fuera un regulador de velocidades, hasta convertir en toros de verdadera faena a los astados más inciertos.



Torquito, en su buena época de matador de toros, recibiendo una ovación después de la muerte de uno de los astados que le correspondieron

—Ya que salió a relucir el toro, veamos cuál es su opinión de los de ahora.

—En una gran mayoría, las ganaderías, al aumentar su número, han mejorado en escrupulosidad. Recuerdo que cuando yo comencé no había en Salamanca otro ganadero de prestigio que don Juan Carreros; en cambio, ahora podríamos sumar veinte o treinta.

—Y del público, ¿qué concepto tiene?

—Los gustos cambian con los avatares de los tiempos. En mi época toreábamos toros grandes—y algunas veces toros chicos—y les cortábamos orejas toreándolos por la cara, con pases de pitón a pitón, intercalando rodillazos por delante, etc. Este repertorio, que enloquecía a aquellos públicos, hoy es motivo de censura y broncas. Ahora hay que templar y mandar, y torear sin encorvamientos ni posturas forzadas, ya que no en balde el aficionado de 1944 en nada se parece al de 1934.

—Todo esto estará muy bien; pero convendrá conmigo en que estamos faltos de buenos lidiadores...

—El que sepa torear y conozca los secretos del

toreo, sabrá lidiar. En cambio, no es tan fácil torear bien y pasarse los pitones rozando el muslo. Lidia, amigo mío, es andar por delante de los toros, y la verdadera exposición viene al hacerlos pasar. Aquí es donde es probable que se equivoque el toro o el torero, y sabidos son lo caras que vienen a pagarse estas equivocaciones.

—Y entre los secretos del toreo, ¿cuál es, a su juicio, el fundamental?

—Creo que lo más esencial—aunque la mayoría de los públicos no acierte a verlo—es tener en cuenta que los toros casi siempre son distintos y suelen acusar variadísimos defectos, para los cuales el buen torero tiene que repentinizar el oportuno remedio.

—Para no cansarle más, ¿cree usted que todos los defectos de los toros pueden ser corregidos?

—Algunos son imposibles de mejoría. Por ejemplo, los bichos cortos y rígidos de cuello, por cuyo motivo no humillan la cabeza. A estos toros les ocurre que al quedar sin estirarseles la piel del morrillo rebota en sus arrugas la puya y ésta no puede cortarles la piel ni, por lo tanto, quebrantar la pujanza del animal.—F. MENDO

## El domingo, en Córdoba

Seis de Hidalgo Hermanos,  
para Miguel Antonio Roldán,  
Parrita y Pepín Martín Vázquez



Las cuadrillas, formadas para hacer el paseillo.



Pepín Martín Vázquez clavando un par de banderillas



Arriba: Roldán en un natural.—Abajo: Parrita dando un derechazo por bajo a su segundo novillo. (Fotos Ricardo.)



## UNA REJONEADORA VIENE A ESPAÑA

# CONCHITA CINTRON

nació en Chile  
y aprendió su arte  
taurino en el Perú



Conchita Cintrón, vestida de charro mejicano, brinda la muerte de un toro

No hace muchos días publicaron los periódicos una noticia, según la cual Conchita Cintrón había embarcado en Puerto Cabello con destino a Portugal y a España, en cuyas plazas quiere presentarse como rejoneadora.

### LA NIÑA DE ANTOFOGASTA

Conchita Cintrón es una jovencita fina y fuerte que pesa cuarenta y cinco kilos nada más, como cualquier estrella de la pantalla que se estime en algo.

Hace cuatro años se presentó en Méjico. Llegaba desde Lima, acompañada de su madre y de su apoderado. La verdad es que nuestra heroína es chilena. Nació en Antofagasta el 9 de agosto de 1922. Tiene, pues, si es que sabemos sumar, veintidós años como veintidós soles. Y de ellos ha pasado quince en el Perú, que es donde ha aprendido todo lo que sabe de toros y de caballos.

### EL MAESTRO Y LA PRESENTACION

La iniciación data de cuando, apenas cumplidos los once años, consiguió, a fuerza de ruegos, que sus padres la dejaran asistir a una escuela de equitación que había abierto en Lima Ruy da Cámara, famoso rejoneador portugués en cuya corrida de despedida, que se celebrará próximamente en Lisboa, se presentará precisamente Conchita.

Oyendo hablar a Cámara, con cálida elocuencia, de la cooperación perfecta que debe existir entre caballo y jinete para burlar, perseguir, esquivar y rejonear al toro, Conchita se llenó de entusiasmo y abrazó la resolución de entrar en el arte taurino.

Da Cámara acogió con simpatía los deseos de la muchacha y le enseñó a conciencia las reglas y las suertes. Al cumplir los trece años, Conchita puso a prueba sus nascentes habilidades con unas vaquillas. Al poco tiempo, Conchita hizo en Lima su primera presentación en público, como aficionada. Una comisión de señoras organizó una fiesta benéfica que debía cerrarse con el broche de luz y color de una corrida. Por indicación de su maestro, Conchita se brindó a rejonear en el beneficio. Lo hizo con tanta destreza y garbo que su número constituyó la sensación de la fiesta. Esto fué en enero de 1936.

### PRIMEROS PASOS PROFESIONALES

Al cabo de unos meses, Conchita, que ya andaba por sus catorce años, se presentó como profesional del toreo en Lisboa. Da Cámara ardía en deseos de que sus paisanos vieran todo lo que era capaz de hacer la niña y organizó dos corridas.

Cinco meses estuvo Conchita en Portugal. Actuó en todas sus plazas y volvió a Lima cubierta de laureles. Dos años más tarde, en julio de 1938, se presentaba en una plaza del Perú como rejoneadora y matadora.

En Méjico se presentó el 20 de agosto de 1939, recién cumplidos los diecisiete años.

### MAS DE CIENT OREJAS Y UNA PELICULA

Desde entonces, Conchita ha toreado casi todos los domingos en alguna plaza del territorio azteca; en la capital, en Puebla, en Pachuca, Ciudad Juárez, Saltillo, Monterrey, Torreón, Guadalajara, Querétaro... Y en todas partes ha sido aplaudida.

Ha ganado ya una verdadera fortuna y le han concedido más de cien orejas. Además, ha tomado parte en corridas incruentas en Los Angeles y ha hecho el papel principal de una película titulada *Maravilla de toreo*.

En la tradicional corrida de Covadonga, en Tampico, le adjudicaron el trofeo de oro con que se premia al torero que haya sobresalido más. El veredicto lo dieron los propios aficionados con sus repetidas ovaciones. La inscripción del trofeo dice así: «Honor al arte y al valor».

Esta es, en síntesis, la carrera de Conchita Cintrón, que acaba de cruzar el Atlántico dispuesta a confirmar en nuestros cosos el prestigio y la fama ganados en otras tierras.

ALBERTO ARENAS



En plena faena de muleta

## OTROS TIEMPOS

# La ventana del Universal



## Aquella corrida que toreó VICENTE PASTOR en Madrid "sin estar" en la plaza

**P** RINCIPIOS de siglo. Madrid defendía su personalidad y su tipismo gracias a los chos tan intrascendentes como la música de Chueca, la cuarta de Apolo, la tertulia del Al-fombrista en su establecimiento de la Carrera de San Jerónimo, la hora del aperitivo en Lhardy. Era el Madrid de las tertulias de última hora, en Fornos o en el café de Levante; el de los dramas del teatro de Novedades; el de la esquinilla del Suizo, con sus grupos de "toreros de

invierno" y "cómicos parados". El Madrid de la Puerta del Sol, con la "caída de la bola"; centro de reunión y "campo de operaciones" de pícaros y caballeros de la gallofa. Un Madrid que supo dotar a su mejor calle, la de Alcalá, de un extraño don, gracias al cual la hacía variar su fisonomía según la época, el día y hasta la hora, pudiendo así ofrecer ante nuestra vista la más bella estampa de color en una tarde de toros; la más distinguida y cosmopolita vía de gran ciudad en las primeras horas de la anochecida primavera, con aquel suntuoso desfile de coches, arrastrados por briosos troncos de caballos "pura sangre", de vuelta del Retiro y la Castellana; calle que fue escenario viviente, testigo de los más brillantes desfiles militares; ancha rúa que daba la más brillante expresión de la religiosidad de un pueblo en los días de Jueves y Viernes Santos; calle aristocrática, que siempre ha recogido la expresión popular, y que en esa época era allí donde, sobre un tablado, el del teatro de Apolo, tomaron vida tantos y tantos personajes de las clases media y popular. ¡Tristes añoranzas y sentidos recuerdos de aquella catedral del género chico!

En ese Madrid, cuya rápida semblanza hemos pretendido hacer, y en el que aun existen para muchos de los que vivimos el recuerdo de algún lugar, rincón o típica costumbre que no han descrito esas brillantes plumas, dedicadas con elogiosa reiteración a enseñar a los jóvenes de hoy lo que era un ayer, posterior a Mesonero, Larra y otros magnates de la narración, y anterior a estos usos y costumbres de la hora presente, hora de nervosismos e inquietudes tan dispares de aquellas de nuestra juventud.

Uno de esos lugares de la más castiza ralgambre madrileña, no ya por el lugar en sí, sino por lo que representaba desde ese punto de vista típico, era la tertulia de Vicente Pastor, en el café Universal, y la ventana del citado café donde se exhibía a sus conciudadanos el popularísimo Chico de la Blusa, prototipo de hombre serio (¡y luego dicen de Manolete!), matador de toros, únicamente comparable entonces con don Luis Mazzantini, y madrileño cien por cien.

Acudían a aquella tertulia, cuyo sollo ocupaba Vicente, y que durante el invierno se reunía en el fondo del establecimiento, el sagaz y ameno periodista Eduardo Palacio Valdés, Pepito Fernández del Villar, recién llegado a Madrid, y que faltó de todo...; escribió sobre las mesas del viejo café las mejores escenas de aquellas comedias que luego le dieron provecho y fama; Antonio Heródero, uno de los más destacados reporteros políticos de aquellos años; Gregorio Corrochano, varios indus-

triales, cuyos nombres no retuvo la memoria; admiradores del gran torero de Madrid y algunos otros periodistas, que pasaban por allí fugazmente, por el hecho de estar el café colindante con la Central de Teléfonos, donde se reunían reporteros y corresponsales para recoger o transmitir sus conferencias a los periódicos de toda España. Hubo que limitar un poco el derecho de admisión a la tertulia, pues no gustaba Vicente de una reunión numerosa. Pocos y escogidos, como los cigarros puros, que decía Palacio Valdés.

Antes del verano la tertulia se trasladaba al turno de la ventana, la primera entrando por la Puerta del Sol. Abiertos los cristales en las noches caídas, todo Madrid desfilaba ante su paisano, llegando hasta los conturlios del "soldado romano", como dieron en llamarle en Sevilla, un bisbiseco constante: "Ese es Vicente Pastor"; "Mira, mira, el Chico de la Blusa"; "Buenas noches, Vicente", decían unos; "Que haya suerte pasado mañana", le decían otros; y él, rígido, callado, serio, recogía imperturbable el cotidiano homenaje de los suyos.

Una noche cayó por la tertulia un modesto periodista; entrometido, ignorante—él lo era en alto grado—, parlanchín, discutiendo como todos los tontos. Se trataba de una persona de las que no han ido a ninguna parte, pero sostienen que han estado en todos lados.

En aquella tertulia, que era una reunión de buenos amigos, no se hablaba de toros nada más que en muy raras ocasiones, y mucho menos de aquellas corridas en las que había actuado nuestro torero; ello podía dar lugar a discusiones que, por tratarse de compañeros suyos, Vicente Pastor, que rendía culto al compañerismo, no lo hubiese tolerado.

Aquel pobre insensato, pues se trataba en definitiva de un infeliz muchacho, no cesó en referirse toda la noche a temas taurinos. Habló de una corrida de Beneficencia, celebrada dos años antes en Madrid, y en la que tomó parte el entonces (hoy es Manuel Escudero) torero de Embajadores...

—Yo tengo buena memoria—dijo aquel hombre al referirse a dicha corrida, y encarándose con Vicente—; le estoy a usted viendo con un traje tabaco y oro, que, según dijeron, lo estrenaba usted aquella tarde.

—Lo de que estrenaba traje, quizá fuese verdad; ahora, en lo del color tabaco, le falla la memoria—contestó el matador; ya que ante aquel sujeto era imposible sostener el mutismo.

—Le digo a usted que era color tabaco, y el que está confundido es usted.

—No, señor; no estoy confundido—volvió a replicar Vicente.

—Pues insisto—dijo otra vez el nuevo conturlio—; el traje era color...

—Es que—arguyó Vicente—yo no he tenido nunca un traje de torear color tabaco. ¡Lo sabré yo!

La carcajada de todos asustó, por su estrépito, a los clientes del café.

Por un momento, y ante el planchazo, se quedó callado nuestro hombre. Ahora bien; a los pocos momentos volvió sobre el tema de aquella corrida.

—Brindó usted al público su primer toro desde el centro de la plaza, y comenzó intentando un pase sentado en el estribo.

—¡No, no!—le atajó Pastor—. El primer pase que di recuerdo que fué un pase por alto, estando en pie, y no sentado en el estribo; pase este último, además, que nunca me gustó.

—Mató usted al toro de media estocada y dos intentos de descabello. ¡Esto no lo negará usted!

—Pues sí, señor, lo niego; porque no fué así. Le di uno de mis mejores volapiés, y rodó el bicho sin puntilla.

—¡Por ahí no paso! Me acuerdo como si fuera ahora. Yo estaba en un tendido del nueve, y...

—¡Calle usted!—le interrumpió Pastor exagerando su peculiar gesto serio—. Cuando usted afirma que estaba allí, será verdad. Y lo que ocurre es... que, a lo mejor, ¡el que no estaba era yo!

ANDÁNADA

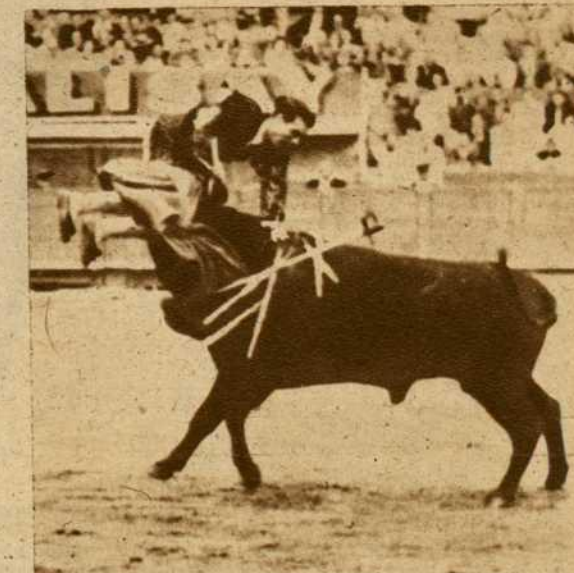
## La novillada del jueves en Barcelona



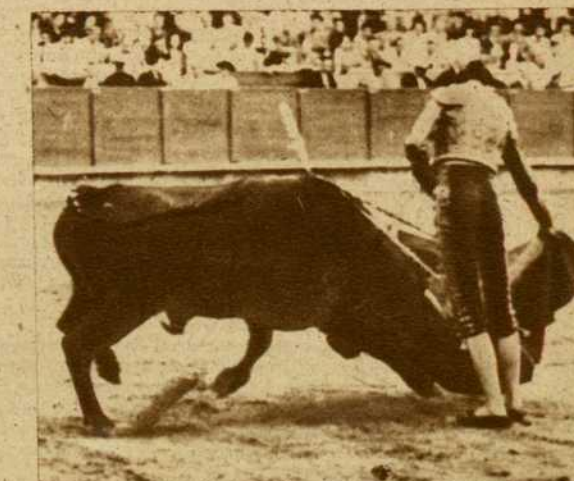
Las cuadrillas formadas antes de hacer el paseillo



Aguado de Castro torea al natural a su primer novillo



El novillero Choni es cogido aparatosamente en el primero de su lote



Parrita toreando de muleta a su segundo novillo (Fotos Valls)

## LOS VIEJOS DEL RUEDO

# FELIX SALAS entró de arenero suplente en la Plaza de Madrid, en 1909

**En su brazo izquierdo lleva anotadas todas las fechas y acontecimientos taurinos que se han producido durante cuarenta años**

**D**ECIDIDAMENTE este Félix Salas, arenero de la Plaza de Toros de Madrid, es un hombre simpático. Menudo, miope, tranquilo, su característica saliente es la memoria, una memoria portentosa que le hace acordarse de las cosas más confusas y remotas sin el más pequeño esfuerzo imaginativo. El atribuye esta facilidad memorística a un fenómeno simple y trivial, cual es buscar en su brazo izquierdo—su libro de memorias, asegura él—el acontecimiento, la anécdota o la fecha que se le pida. Con tal auxiliar—da la sensación, en efecto, de que va pasando hojas y buscando entre aquellas páginas imaginarias—ya pueden ustedes preguntarle lo que quieran a Churrito, lo que quieran siempre que se refieran a cosas de toros, que en eso es nuestro hombre un archivo viviente inagotable.

—¿Por qué busca usted en el brazo lo que tan grabado y seguro lleva en la memoria?

—¡Ah!—sonríe el arenero enigmáticamente—. Esto sí que ni yo mismo podría explicárselo. Lo que sí puedo asegurarle es que si alguna vez me falla la memoria, y son muy pocas las veces que me falla, pues echo mano de mi "libro", y ya está arreglado. Y, si no, pruebe usted... ¿Qué quiere usted preguntarme? ¿De qué quiere usted que le hable dentro de los temas taurinos?

—Lo primero que me interesa saber es cuándo y por qué entró usted de arenero en la plaza.

—Pues es bien sencillo: como arenero de la plaza ingresé el 25 de abril de 1909—como suplente, hasta que por ocurrir la vacante me quedé fijo—y solicité ese cargo por pura afición a los toros, por estar cerca y en el ambiente de las corridas. No iba a ser para ponerme rico. Ya ve usted: en mis tiempos cobraba una peseta, los días de corrida, por el desempeño de mi oficio; y antes todavía llegué a cobrar hasta dos reales!

—¿Y sólo de eso vivía usted?

—¡Ca, no señor! Yo era entonces churrero—de ahí me viene el remanente de Churrito—, y con eso me apañaba, pues entonces el oficio de churrero era muy productivo y, ¡qué caramba!, los madrileños, que a mí me parece que entonces eran más madrileños, también comían más churros que ahora.

—¿Ha toreado usted alguna vez?

—Solamente como becerrista. Pero no vaya usted a creer que aquellas becerradas eran cualquier cosa. Estaban organizadas nada menos que por la "Fraternidad de Churros"—Sociedad de Socorros mutuos—y eran algo imponente. ¡Con un color y una gracia y una alegría! ¡Aquellos eran otros tiempos!

—¿Recuerda usted alguna corrida excepcional?

—Precisamente ahora mismo estaba pensando en eso. Pues verá usted. La corrida más grande que yo he presenciado en mi vida fue la celebrada el 24 de mayo de 1928. Los toros eran de don Quiciliano Pérez Tabernero, y los lidiaban Chicuelo, Cagancho y Vicente Barrera. ¿Que qué pasó allí? Pues nada más que esto: Chicuelo dió 38 ó 40 pases con la izquierda, luego siguió toreando al natural, y mató al toro de un pinchazo y de una gran estocada, que le valió la oreja de su víctima. ¡Ole las faenas de los toreros grandes!

—Además—dice Salas—conservo otro gran recuerdo de la corrida, en que Machaquito dió el famoso pase de rodillas, toreando con Vicente Pastor, Rafael el Gallo y Agustín García Malla. También se ganó la oreja de Zapatero, que era un ejemplar de Miura que daba espanto verlo en la arena. ¡Ay, amigo mío, aquellos toros!

—¿Recuerda usted algo verdaderamente sensacio-



Félix Salas

nal en su primera tarde de arenero?

—Como le he dicho, fue el 25 de abril de 1909. Se celebraba la tercera corrida de abono con toros de doña Celsa Manfrere, viuda de Concha y Sierra. Alternaban de espadas Vicente Pastor, el Gallo y Rodolfo Gaona. Y en esta corrida, y precisamente el día de mi debut, el toro lidiado en sexto lugar mató a Fernando Romero, Lagartillo, que era banderillero de Gaona. ¡Para que no me acuerde de mi primera tarde de arenero en la plaza!

—También presencié—añade Churrito—la muerte de Granero, al cual llevé yo entre mis brazos a la enfermería. Toreaban aquella tarde Juan Luis de la Rosa y Marcial Lallanda, que confirmaba la alternativa. Esto fue el 7 de mayo de 1922. El toro que mató a Granero era de la ganadería del duque de Veragua, Era negro, listón y se llamaba Pocapena.

—¿El mejor torero para usted?

—¡Joselito!

—¿Y ahora?

—¡Manolete!

—¿Se ha honrado usted con la amistad de algún torero famoso?

—Algunos muy célebres me han honrado con su amistad; pero el mejor amigo que he tenido entre los espadas de antaño ha sido Alfonso Cela, Celita. Era un gran chaval y un gran amigo, además de un gran torero.

—¿Ha tenido usted algún percance serio en el ejercicio de su profesión?

—Una vez me cogió un toro de Murube y me lanzó desde el callejón a la arena. Afortunadamente salí ileso. Pero juzgue usted. El susto fue morrocotudo.

—¿Recuerda usted quién toreaba aquella tarde?

—¡Pa chasco! Toreaban Palomino, Niño de la Estrella y Torerito de Triana.

—¿Se ha dado el caso de que salva usted de algún peligro a los toreros?

—Muchas veces. Y no crea usted;

me ha bastado con mi gorrilla, que, en ocasiones, haciendo de capote, y oportunamente lanzada al morrillo del cornúpeto, ha sido algo providencial. No es poca satisfacción, después de todo, poder contarlo.

—También habrá usted presenciado alguna de esas corridas borrascosas, ¿no?

—¡Hombre! De eso podría contarle un rato; pero lo más tormentoso que recuerdo es lo que en adelante se denominó "el escándalo de Gaona". Fue con un toro de Albaserrada. Se lo llevaron vivo al corral; pero no quedó una almohadilla en la plaza. El vocerío y los apóstrofes se debieron oír en Getafe. Con Gaona toreaban Cocherito de Bilbao y Salerí II. Fijese usted cómo sería la corridita aquella, que Cocherito, en su primer toro, fue conducido a la enfermería y no pudo continuar la lidia de sus toros, y a Salerí le dieron también los tres avisos. Algo como para perder la afición.

A Churrito le queda una nostalgia incurable de aquellos tiempos en que los aristócratas del abono—duques, políticos y generales—lo llamaban para que les aclarase alguna efemérides taurínica. La mota. El, con gesto grave y reconcentrado, echaba mano de su libro—el famoso "libro de memorias"—del brazo izquierdo—y, sin titubear, respondía a cuanto le iban preguntando. "Eso sucedió..." "Aquello fué..."

Y se consideraba, y aun se sigue considerando, feliz sólo con el recuerdo...

JUAN DE ALCARAZ

## El primer traje de luces que tuvo en propiedad CURRO PUYA



**E**N la memoria de todos está la figura gitana y torera del malogrado Curro Puya; fué Gitanillo de Triana uno de los diestros que más sabor clásico dejó en la afición; su toreo de capa con los pies juntos y las manos bajas causó verdadera revolución y entusiasmo en los públicos, al igual que años antes lo hiciera su paisano Juan Belmonte. El pobre Curro murió, como es

sabido, a consecuencia de la cogida que sufrió en Madrid en aciago mes de mayo.

Lo que quizá sea inédito para muchos aficionados es el modo tan peregrino, mejor diríamos tan "gitano", que empleó para hacerse con su primer traje de torero en propiedad.



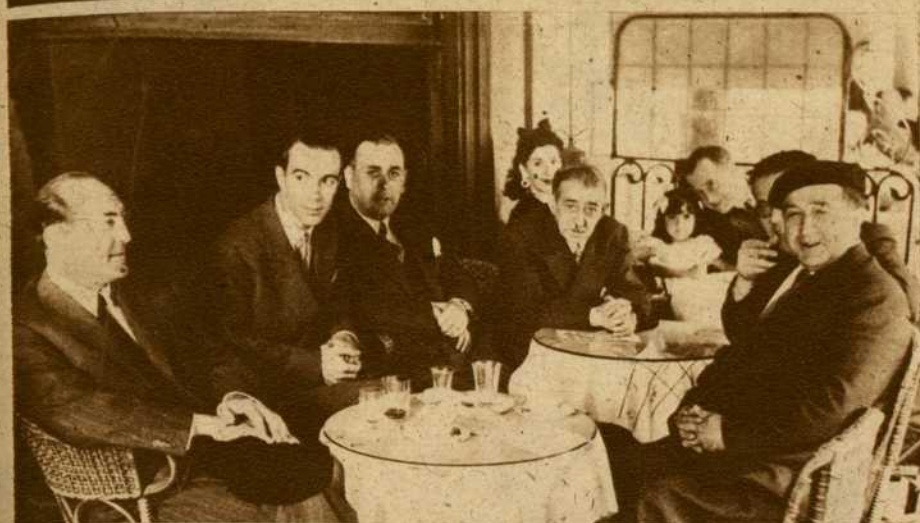
El Gallo dando la alternativa a Gitanillo de Triana

Protegido de Juan Belmonte, que lo admiraba, había ya toreado con éxito algunas novilladas en Sevilla y sus alrededores; siempre con trajes prestados o alquilados, que ya es sabido que para casi todos el comienzo de profesión tan arriesgada suele ser duro. Era aquella una de sus primeras novilladas en la Maestranza sevillana; Gitanillo sacó un turno que su paisano Juan le hubo de prestar. Belmonte presenciaba la corrida desde una barrera, y a él se dirigió Gitanillo, brindándole la muerte del novillo. Se le dió bien al gitano y entre grandes aplausos dió la vuelta al ruedo embutido en el traje prestado por don Juan Belmonte; iba radiante; al pasar por delante de la barrera que ocupaba aquél, paróse, y cogiéndose los alamares, señalando el traje, miró a Juan, y le gritó: "¿Pa mí?" Un gesto de asintimiento en el interpelado, y el buen Curro ya era propietario de aquel turno de luces, que posiblemente fuera al que más cariño tuviese el torero.

Que el origen era "nada más que superior", y la adquisición, "gitanística".

DON NEMESIO

# COMO VE UN TORERO SU PROPIA COGIDA



Luis Gómez, convaleciente de su cogida en Pamplona, se reúne con una peña de amigos en el Choko, de San Sebastián

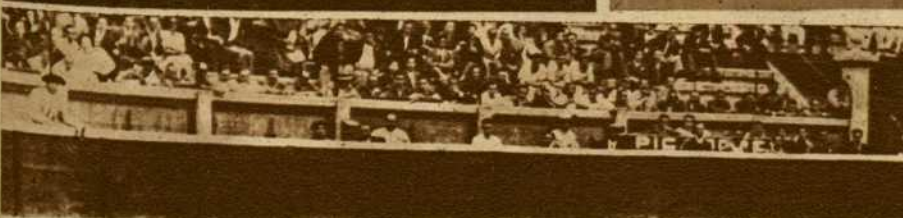
## "Siempre nos parece que es mucho más", dice El Estudiante



El Estudiante, con Oscar Leblanc, uno de los amigos con quien deparde en estos días de convalecencia



Somoza es también de la tertulia del torero. Aquí le vemos retratado con el diestro herido en el café Choko



El momento de la cogida sufrida por Luis Gómez en la corrida de la feria de San Fermín. (Fotos Marín)

En la tertulia de «El choko» donostiarra, Luis Gómez, El Estudiante, muestra el esparadrapo que señala la última cornada. Fué en Pamplona, donde el asta de un toro le partió la boca y la lengua, siendo milagroso que no realizara un destrozo irremediable.

El Estudiante se halla en franca convalecencia y para una fecha muy próxima reanudará su vida de riesgo y fortuna.

Se ha contado muchas veces cómo fué la cogida de un lidiador.

Hoy hemos querido que sea el propio torero quien nos cuente la impresión de uno de sus accidentes del oficio.

—¿Quiere usted decir a EL RUEDO cómo ocurrió su cogida?—preguntamos a El Estudiante. Don Eduardo Vega, aficionado entusiasta, interrumpe:

—La cogida fué al caerse, y...

Rafael Somoza interviene:

—Le enganchó porque al bajar...

Pablo Chopera, el popular empresario, aventura:

—Yo creo que fué...

Luis Gómez corta las descripciones preguntando:

—¿Quieren ustedes que les diga yo cómo fué...?

Y lo refiere:

—El toro, cuya cabeza había pasado ya, embebido en el capote, me empujó con los cuartos traseros. Yo tenía los pies juntos. Al empujarme, me pisó, me tiró al suelo, y al recogerme, fué la cornada.

—¿Cuál es la sensación que experimentan ustedes al ser cogidos?

—La primera sensación es el dolor. Siempre nos parece que es más, mucho más de lo que sea. En esta última cogida creí que me había desgarrado totalmente la cara. El año 33, en Barcelona, un toro de don Celso Cruz del Castillo, me dió tres cornadas y me atravesó el muslo. En el suelo todavía, mi impresión fué la de pensar, instantáneamente, que me quedaba cojo. En Madrid otro toro me atravesó, en una cornada rara, en el aire, el brazo izquierdo. Me imaginé que me quedaba manco. Desde luego, cuando el toro nos engancha, lo primero que pensamos es que todo se ha terminado.

—¿Tiene el torero un momento de miedo antes de ser cogido?

—Yo puedo decir una cosa. En todas mis cogidas se ha producido un fenómeno curioso. El de imaginarme que iba a ser cogido antes de que la cogida se produjera. En la de Barcelona, nada más salir del chiquero el toro pensé que iba a ser cogido. Y me cogió exactamente como lo había pensado. En Pamplona, el otro día, cuando cité por primera vez con el capote, me pasó por la imaginación una cosa: —Si este toro me coge, me puede herir fuerte.

—¿Es algo de superstición?

—No. Yo no soy supersticioso. Creo que es algo del subconsciente. Algo misterioso y freudiano que yo no acierto a analizar.

—Después de una cornada, ¿cómo se vuelve a los toros?

—Después de una cornada, la gente se imagina que el recuerdo del yodo, del cloroformo y de las gasas se antepone a todo. Es verdad que el recuerdo de una cogida no se va tan de prisa como quisiéramos. Pero lo que ocurre más generalmente es que en nosotros mismos hay la duda de si nos arrimaremos o no. Bien es verdad que esa misma duda la tenemos al comenzar la temporada.

—¿Cómo ve usted el actual momento del toreo?

—Voy a ser claro. Como se torea hoy no es posible torear. Hay dos figuras, Manolete y yo, que no podemos ni debemos torear sesenta y setenta corridas. Nosotros debemos torear quince o veinte como máximo, en plan de figuras excepcionales, como hacen los grandes campeones del boxeo. Jugarse la vida sesenta o setenta veces, es demasiado. Yo, dentro de un par de años, pienso retirarme. El toreo irá a más riesgo. Y quien esté en lo alto, sólo debe actuar corto tiempo. En ese corto tiempo se arriesga tanto como se arriesgaba antes en mucho; aunque es verdad que se gana también más que se ganaba en el pasado...

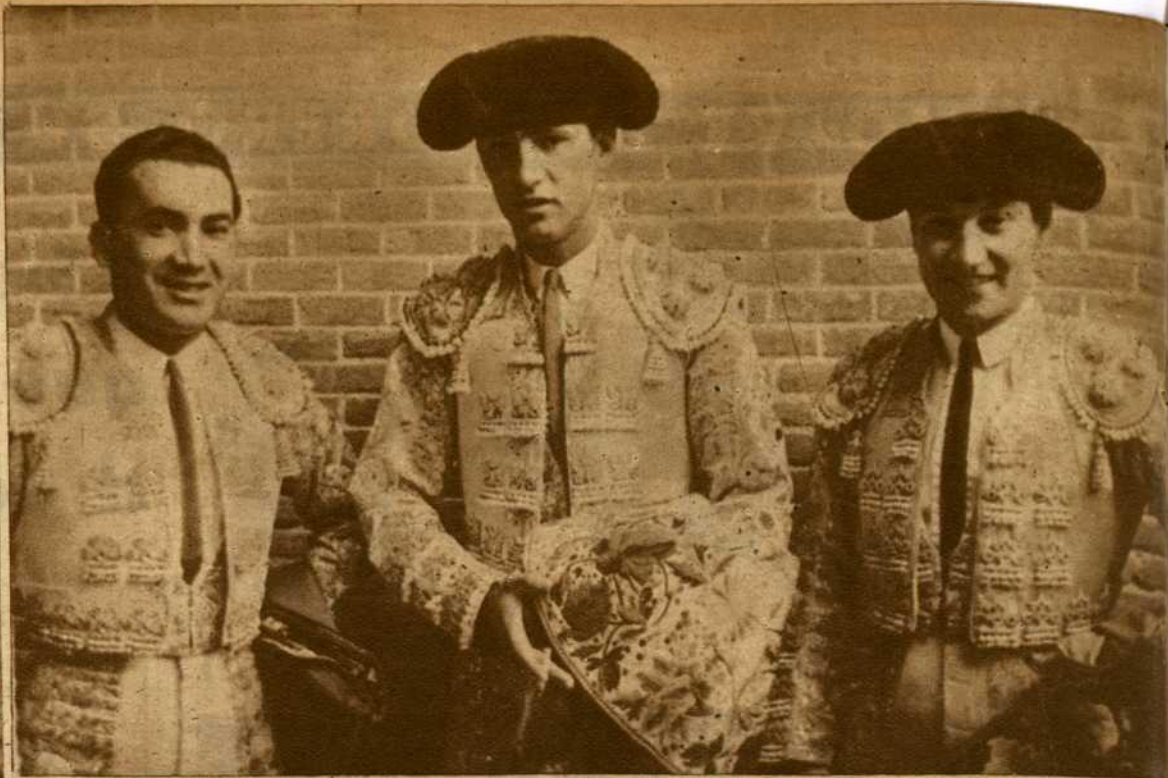
La tertulia del «Choko» escucha atentamente a El Estudiante.

Oscar Leblanc, coge del brazo al torero. Y le dice

—Sí; ganáis más que antes. Y tenéis mucho riesgo. Pero, ¿te acuerdas de aquel accidente de automóvil que tuvimos juntos cuando íbamos a una cacería de perdices...?

El reportero ya no tiene nada que hacer. Se empieza a hablar de caza. Y no se pueden ustedes imaginar las «cosas» que cuenta Oscar Leblanc, El Estudiante, Somoza, Paco Hernández y todos esos señores a quienes San Humberto se verá apurado de absolver por tantas faltas a la verdad como llevan cometidas en su vida.

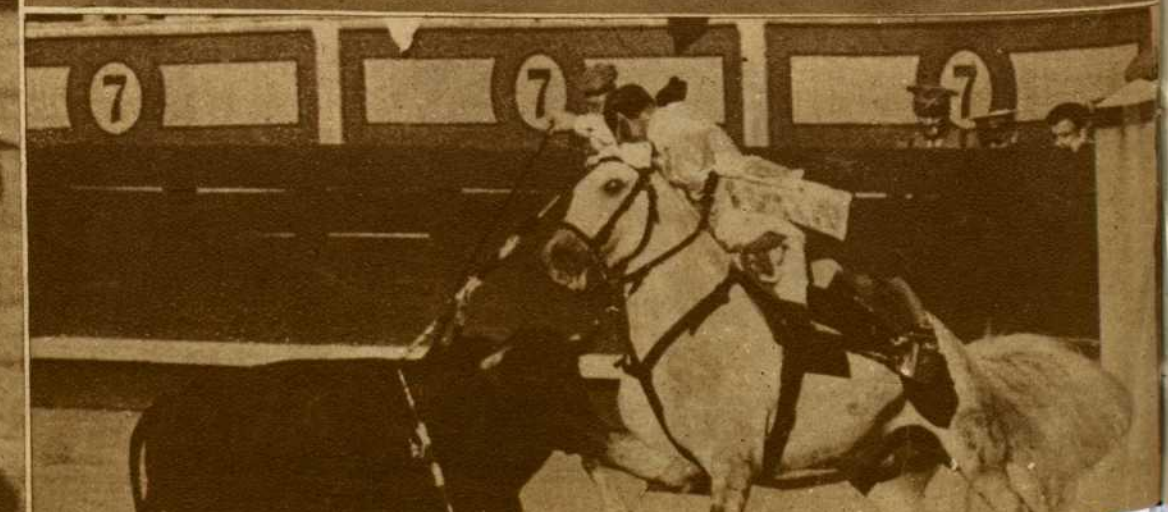
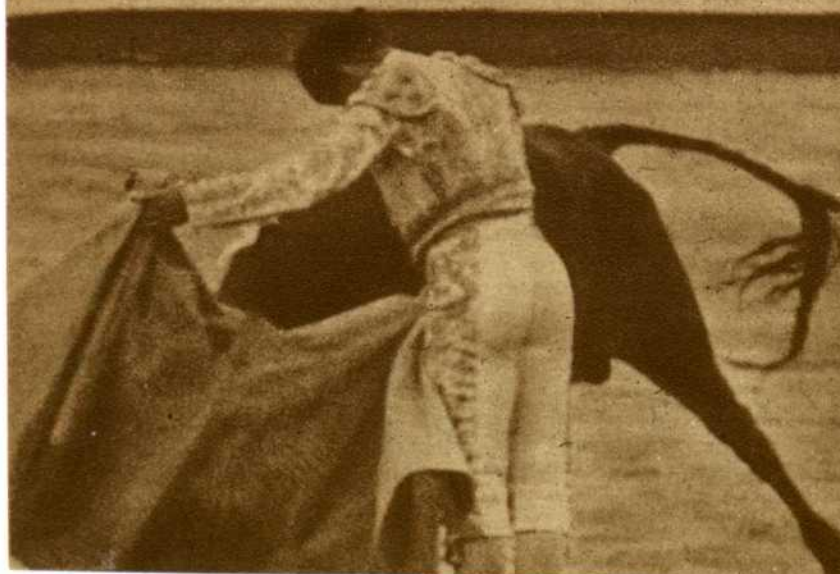
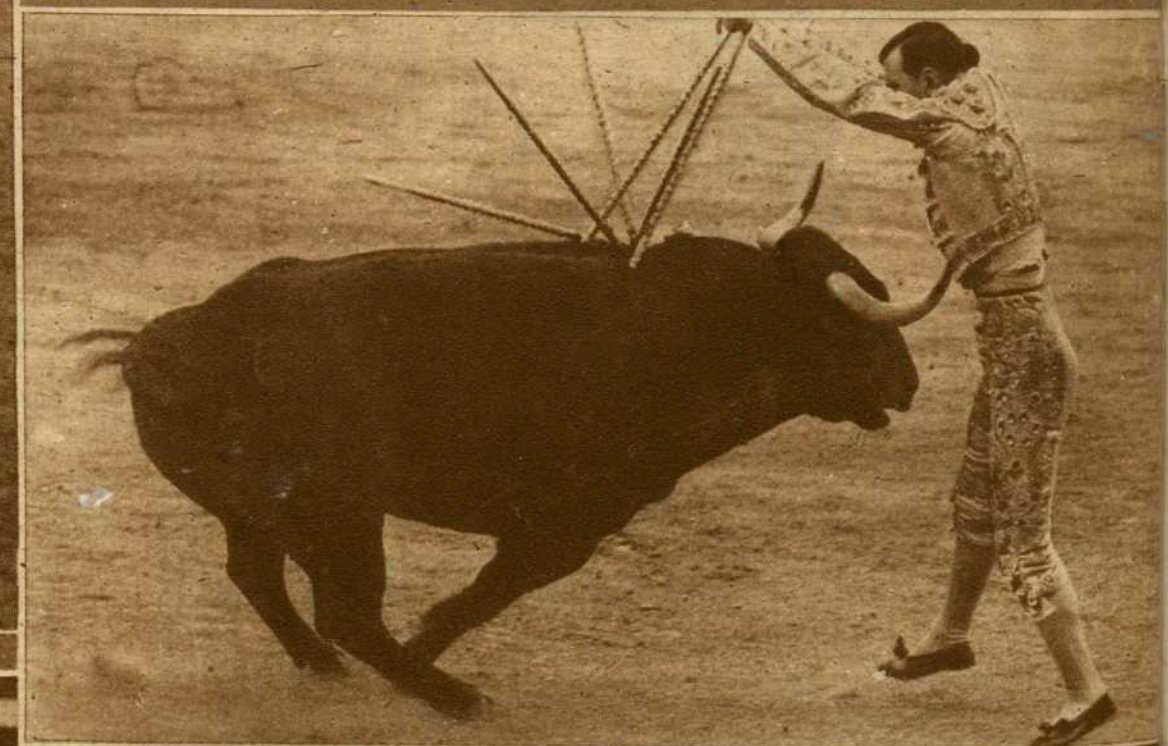
Y de lo que seguramente cometerán aún, en todo el largo trecho de la dura carretera de la Vida que aún les queda por recorrer, y ojalá sea larga, tan larga como la simpatía de los protagonistas lo merecen y nosotros lo deseamos.

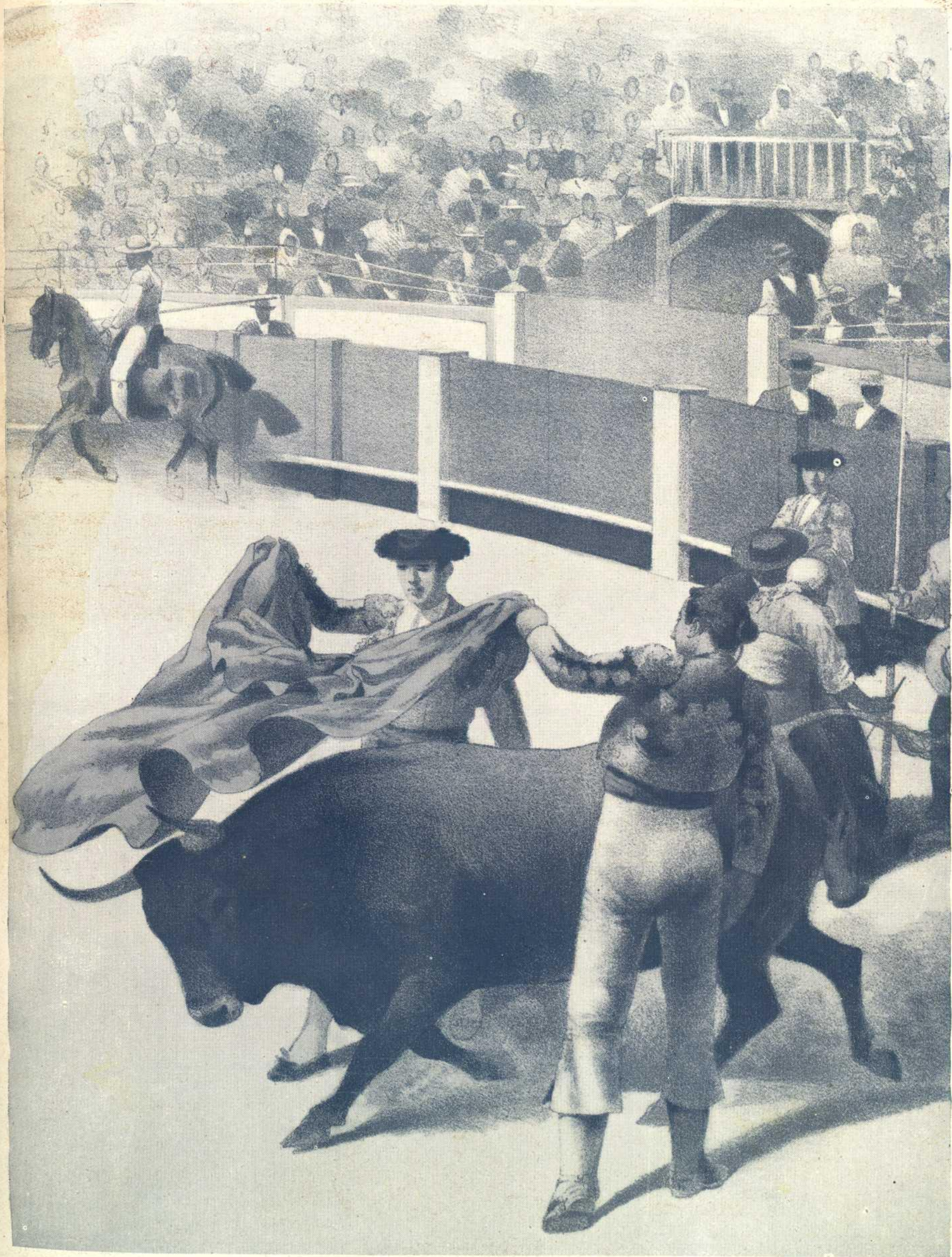


## EL MARTES EN MADRID PRESENTACION DE CARLOS ARRUZA con Antonio Bienvenida, Morenito de Talavera y Simao da Veiga

Varios momentos de la corrida del martes en Madrid, en la que se presentó en España el torero mejicano Carlos Arruza, que tomó la alternativa de manos de Antonio Bienvenida, siendo testigo Morenito de Talavera. En las fotos. Arriba, a la izquierda, un gran pase de Bienvenida. La alternativa. Arruza dando la vuelta al ruedo. Un lance de capa de Morenito.—A la derecha: Los tres matadores antes de la corrida. El mejicano Arruza en uno de sus magníficos pares. El rejoneador portugués Simao da Veiga, en la lidia a caballo

(Fotos Baldomero)





Guerrita y Badila toreando al elimón.

(Dibujo de Perea)



Un hecho célebre en la Plaza vieja de Madrid

(Dibujo de Pe. ea)